
MEDICINA DE LOS SIBONEYES (1.)

Cuba estuvo poblada en los tiempos prehistóricos, en un período en que probablemente formaba parte del Continente Americano, según atestiguan ámbas aserciones los huesos humanos fósiles encontrados en ella así como restos de mamíferos ya extinguidos.

Pero los pobladores de Cuba de que tiene noticia la historia vinieron en una época no remota, aunque no se ha podido fijar la fecha de su establecimiento. Al descubrir la América, vieron los europeos ocupada la Isla por una raza salvaje de buenas formas físicas, de mediana estatura, tez cobriza y cráneos comprimidos de delante atrás, que andaban desnudos; y cuyos hombres, indolentes y de costumbres pacíficas, se dedicaban principalmente á la pesca, mientras que las mujeres cultivaban algunos vegetales comestibles.—Su número se hizo ascender á 600.000 en el momento de la conquista, por algunos escritores; cifra que me parece exagerada. Los españoles los designaron, según Bachiller, con el nombre de *tainos*, voz que con frecuencia usaban estos indios para indicarles que eran pacíficos ó nobles; pero ha pre-

[1] Discurso de recepción en la Sociedad Antropológica, leído en la sesión del día 4 de Marzo de 1888.

valecido el nombre de *siboneyes* con que tambien se les designó (1).

Se cree que procedian los siboneyes de los Araguas, pueblo que habitaba la region del Continente que es hoy Colombia, el cual se extendió por las llanuras del Orinoco y las Antillas menores hasta llegar á establecerse en las cuatro principales y en las Lucayas. Eran sencillos é ignorantes; se pintaban la piel con dibujos variados; los señores principales usaban plumas en la cabeza, y algunos llevaban túnicas cortas de algodón; tambien gustaban adornarse con collares de semillas ó piedras de colores. Sus artes eran rudimentarios. No conocian la escritura ni han dejado señales suficientes para indicarnos su verdadero estado de civilizacion; pero, por las descripciones de los conquistadores sabemos que su gobierno era patriarcal: cada *cacique* regía un pequeño pueblo; éstos eran independientes unos de otros; y cada pueblo se componía de una agrupacion de bohíos al rededor de una plaza destinada á celebrar sus fiestas y ejercicios corporales.

No se conoce bien la religion que tuvieron los siboneyes. Se ha dicho que tenian idea de un Ser Supremo, y que adoraban al Sol; pero lo que se sabe de positivo es que tenian muchos dioses, á los que llamaban *semies*, que en cada casa tenían un *semí* protector, además de los *semies* que guardaban en una casa ó templo; que éstos ídolos eran de piedra, ó barro, ó madera, representando unas veces animales, y otras sin formas determinadas. Creían que los *semies* hablaban, que estaban obligados á alimentarlos, y que todos los males que les sobrevenian reconocian por causa la cólera de aquellos. Creian además, como pueblo ignorante, en fantasmas ó muertos aparecidos, y en otras muchas supersticiones.

Sus sacerdotes, que se llamaban *behiques*, y tambien *boitios*, ejercian gran influencia sobre el pueblo y practicaban la medicina.

Respecto á la historia que conocian de su pueblo, refiere Rafinesque la siguiente tradicion de los indios de Cuba y Haití. En la época

(1) Se atribuye al P. Las Casas haber dado este nombre á nuestros indios, pero en la edicion de su obra que he consultado ni una sola vez he visto escrito la palabra *Siboney*.

lejana en que sus moradores vagaban aún sumidos en la ignorancia, aparecieron tres bienhechores, que llamaron *bohitos*, voz que significa anciano, los cuales organizaron al pueblo.

Bohito I estableció el culto, y dividió al pueblo en tres castas: *tai-nos* ó nobles; *bohitos* ó sacerdotes; y *anaborias* ó trabajadores; y les enseñó además el cultivo de los campos.

Bohito II ó Buchu-itihu (anciano eminente) enseñó el uso del algodón, é introdujo la medicina, y la yerba sagrada *gueyo*.

Bohito III enseñó la música.

Este pueblo, sencillo é ignorante, debía necesariamente hallarse muy atrasado en conocimientos científicos, incluso los de orden médico; aunque allí, como donde quiera que existan hombres, por salvajes que sean, habia una medicina, porque los males son inherentes á la naturaleza orgánica, así como el instinto de conservacion es la fuente de la terapéutica.

He creido conveniente trazar un cuadro general de la civilizacion y religion de los siboneyes para que se comprenda mejor el estado real de sus conocimientos médicos, porque en ellos la prácticas de la medicina se hallaban tan íntimamente relacionadas á sus creencias religiosas, que no se podria describir aquellas sin dar á la vez una idea de la religion que profesaban; así, sabemos que hasta sus mismos cantos religiosos ó guerreros versaban á veces tambien sobre asuntos de medicina.

Como Haití fué el principal asiento de los españoles en América al principio de la conquista, fueron mejor estudiadas las costumbres y conocimientos de sus indios; y como fué la misma la raza de aquella isla y Cuba, segun ya he dicho y se deduce del aserto de los historiadores y de la semejanza de idiomas y hábitos, hago valer para nuestros siboneyes, á falta de otros detalles, la narracion del hermano Roman Pane de la órden religiosa de San Gerónimo, narracion hecha en la Española al principio de la conquista y de la que tomaré los fragmentos que se refieren á la medicina de los pobladores de Haití. Esta narracion será nuestro mejor guía, tanto por haber sido escrita en una época en que los indios conservaban todavía la pureza de su civilizacion propia, como por la sinceridad del narrador.

«Hay ciertas personas, dice, que practican la medicina, que hacen muchas supercherías, y las llaman *Bohuti*, que suponen con sus artificios que saben los más hondos secretos y hablan con los *semíes*, y cuando enferman les quitan y extraen el mal. He visto por mis propios ojos parte de esas cosas y añadido lo que he oído de los vecinos principales, que creen en estas fábulas más profundamente.

«Las prácticas de los *bohiques* en la medicina y enseñanza de las gentes son propias; pero no siempre sanan á los enfermos. Todos, especialmente en la Española, tienen muchos *semíes* de diferentes formas: uno consiste en un hueso de sus padres ó parientes, ó uno de piedra ó madera; de estos y aquellos hay muchos. Unos hablan, otros hacen aparecer las cosas que se comen, muchos dan origen á las lluvias, otros á los vientos. Todo esto lo creen estas pobres gentes que se provéen de dioses, mejor dicho de diablos, careciendo de nuestra Religion.»

Gómara agrega por su parte que los boitios no curaban más que á la gente principal y señores, y refiere además que muchas viejas eran médicas y echaban las medicinas en la boca por unos canutos.

Estas prácticas supersticiosas, y otras que se relatan más adelante, no son patrimonio de los indios antillanos, sino hijas de la ignorancia y de la credulidad en todos los pueblos y en todos los tiempos, pues aún hoy día entre las naciones más civilizadas abundan en las clases inferiores del pueblo, curanderos que explotan la buena fé innata en los hombres para curar enfermedades con una mezcla de remedios empíricos, y de fórmulas religiosas ó místicas que constituyen una verdadera medicina de imaginación; como son ejemplos el tratamiento de la erisipela rezando oraciones y haciendo cruces sobre la parte enferma, las variadas curaciones de Lourdes, pregonadas en todos los tonos, y, entre nosotros, no ha mucho, los supuestos prodigios del famoso chino Chambombian, y más recientemente la *vieja de Jiquiabo*, campesina ignorante, que con ciertos misterios y compresitas sacadas de *camisa de hombre* y aplicadas sobre la parte enferma, llegó á adquirir gran celebridad en Cárdenas en 1883; y en fin tantos otros curanderos y adivinos que aparecen y desaparecen como el flujo del mar, que viven de los desauciados, que, aunque no sean ignorantes, en la deses-

peracion de su grave enfermedad y en la crédula sencillez de su cerebro, buscan en lo incierto lo que la ciencia positiva se declara impotente á curar. Justo es confesar que en ciertas enfermedades esa medicina supersticiosa ha obtenido sorprendentes curaciones al benéfico y poderoso influjo de imaginaciones exaltadas por la fé en la curacion; especialmente cuando esta medicina no científica reviste la forma religiosa suele dar buenos resultados, porque es más eficaz la fé religiosa; y yo en muchos casos la considero benéfica por cuanto puede proporcionar alivio y consuelo á los que sufren de afecciones crónicas é incurables hoy por hoy, y por eso esta terapéutica se perpetúa, y creo que existirá necesariamente en parte mientras la medicina no haya alcanzado su perfeccion. Ya los modernos estudios de sugestion han revelado el secreto de esas curaciones misteriosas, y revestidos aquellos de carácter científico disminuirán si no hará desaparecer totalmente el charlatanismo, gracias tambien al concurso de la gradual ilustracion de las masas.

Yo estoy además persuadido de que tanto aquellos sacerdotes de los pueblos primitivos, como nuestros actuales curanderos, obraban generalmente de buena fé, y por lo tanto, á mi juicio la palabra *superchería* está mal empleada. Ellos estaban poseidos de la bondad de los medios que conocian y explotaban, del mismo modo que los sabios antiguos creyeron y afirmaron que la tierra era plana, y tantos otros errores que el tiempo se ha encargado de destruir. Pero esta medicina supersticiosa á que me refiero tiene un fondo de verdad que le dá vida y la ha hecho tan antigua como la raza humana; pero somos impotentes á destruir el falso ropaje que la reviste, por que en nuestra medicina hay todavía muchos puntos oscuros, que hacen á veces inciertos sus resultados, y que facilitan ese aparato misterioso que es del resorte de los charlatanes hábiles.

Por consiguiente, lejos de ver un tono depresivo en las palabras del hermano Roman, las considero como puramente descriptivas, que en términos parecidos pudieran aplicarse á los antiguos babilonios, á los egipcios, ó á los griegos.

«Cuando alguno enferma se le lleva al Buchu-itihu, que es el susodicho médico. Se preparan con ayuno, pues deben él y el enfermo

estar ayunos al principiar la ceremonia: el médico que asiste al enfermo se purga simultáneamente con el paciente: aspiran el polvo de *cojoba* (1) por la nariz hasta embriagarse que no pueden darse de sí cuenta; pronuncian palabras extrañas dirigidas á los *semíes*, que les contestan sobre las causas de la enfermedad, y siempre atribuyen éstas á aquellos.

»*De lo que hacen los Buchu-itihu.*—Cuando van á visitar á un enfermo, antes de salir de sus casas sacan del fondo de sus cazuelas el tizne ó el polvo de carbon vegetal y se cubren de negro el rostro, y así dan la consulta: en seguida toman unos huesecillos ó carne, lo envuelven en algo, y se lo ponen en la boca. Ya purgado el enfermo entra en la casa otra vez el médico, y se sienta delante de él, solo: ántes salen de la casa los niños para que no interrumpen, y quedan una ó dos personas principales. Cuando está solo toma algunas hojas de la yerba de la gioia, (2) la hoja grande por lo común; agregan otra de una cebolla de medio cuartillo de largo, la mojan hasta formar una pasta y la ponen por la noche en la boca, lo que les sirve de vomitivo arrojando lo que han comido. Cantan entonces y beben del jugo susodicho encendiendo una antorcha.

»Descansando algunos instantes el médico se levanta y dirige hácia el enfermo que está sentado solo en medio de la habitacion, y lo rodea ó gira á su alrededor dos veces, segun quiere; y le coje las piernas palpándole de la cintura á los piés; y lo estira con fuerza como si quisiera arrancarlo de su lugar: esto terminado sale de la habitacion y cierra tras sí la puerta. Le habla desde afuera así; *Vete para la montaña ó al mar, donde quisieres*; se vuelve al lado inverso poniéndose las manos juntas; sopla como por una cervatana, y colócase ámbas manos sobre la boca que cierra; sus manos tiemblan enseguida como si tuviera gran frio; sopla sobre sus manos y recoge el aliento como si sorbiera la médula de un hueso. Luego aspira al enfermo en el cuello, ó en el estómago, en las espaldas, mejillas, el seno, en el vientre y partes en general del cuerpo. Concluido lo cual, se saca de la boca lo

(1) Créese Bachiller que esta palabra sea errata de *cojoba* escrita á la italiana *cojioba*.

(2) La planta tabaco, *Nicotiana tabacum*.

que dijimos al principio que se metió en ella; si es comestible le dice: *Ya ves lo que te había hecho daño en tu cuerpo de donde te lo he sacado; advierte que ha salido de donde tu semí lo había colocado, porque no le rezabas ú orabas, ni puesto ni hecho altar, ni sacrificado nada.*

»Si es una piedra, le dice: *Consérvala muy cuidadosamente.* Suponen que esas piedras son muy útiles en los partos de sus mujeres; las guardan como cosa preciosa envueltas en algodones, y les ofrecen manjares de lo que comen como á sus mismos semíes domésticos. Los grandes días festivos son los señalados para ofrecerles mucha comida, como pescado, carne, pan y otras cosas. Lo colocan todo en la casa del semí y recojen al día siguiente lo que no ha comido; siendo así, Dios nos ayude, que el semí es cosa inerte, como hecho de piedra y madera.»

Aquellos sacerdotes empleaban en sus prácticas médicas ese aparato para impresionar la imaginación de sus enfermos; y aunque esta ceremonia aparece maliciosa, yo creo que los pacientes ni sus médicos verían en ella más que el único medio de calmar la irritación de los dioses airados contra la maldad de los hombres. En los primeros tiempos de nuestra raza se hacían prácticas idénticas, y aun hoy existe en el vulgo la creencia de que muchas enfermedades son castigos del cielo.

Las enfermedades á que se alude en estos párrafos, debían probablemente ser ligeras, puesto que se dice que el enfermo se sentaba en medio de la habitación, y que el médico le ordenaba ir á la montaña ó al mar. Y en cuanto á obsequiar con alimentos delicados á los semíes, recuerdo que algunos historiadores refieren que una costumbre igual existía entre los antiguos griegos en la época en que sus sacerdotes eran los que ejercían la medicina.

Y en fin, respecto al valor que daban á esas piedras en los partos, es una creencia semejante á la que entre nosotros concede el vulgo á la intervención de San Ramon Nonato con el mismo objeto, de Santa Lucía en las enfermedades de los ojos, y tantos otros especialistas de órden divino que llenan el cuadro de la patología mística.

Al establecer estas comparaciones es mi intención poner de relieve que en sus orígenes la medicina ha sido idéntica en todos los pueblos, y que, aun en aquellos que alcanzan mayor grado de civilización, se

incrustan en la ignorancia de las clases inferiores mil supersticiones y creencias erróneas que solo difícilmente combaten los seres privilegiados de la ciencia. En la medicina es más reñida la lucha entre el saber y la ignorancia.

«*Cómo los dichos médicos suelen equivocarse.*—Cuando han terminado todas sus prácticas los médicos, y el enfermo se muere, si tiene muchos parientes, ó el difunto es señor de pueblos y poderosos, se investiga la conducta del Boitío; porque los que quieren perseguirles y hacerles mal lo verifican así. Para saber si el enfermo ha muerto por culpa del médico por falta de dieta como le previno, toman una yerba llamada *gueyo* que tiene las hojas gruesas y largas, que tambien llaman *sacon*. Toman el jugo de las hojas, cortan al muerto las uñas y cabellos de la frente; lo reducen á polvo entre dos piedras y lo mezclan con el jugo de la yerba para que lo beba el muerto; se le echa por la boca ó la nariz. Entonces se le pregunta al muerto si observó el precepto de la dieta. Esta pregunta la repiten muchas veces, hasta que contesta claramente como si estuviera vivo; y viene á satisfacer las preguntas diciendo que el boitío no cumplió con su dieta y fué causa de su muerte por la inobservancia; y luego mandan que pregunte al médico, pues tan claro lo culpa el muerto. En seguida entierran de nuevo al difunto.

«Usan otro medio de investigacion á veces, que es haciendo un gran fuego como para formar carbon, y cuando la madera está en brasas, ponen al difunto sobre el brasero y lo cubren con tierra, como para hacer el carbon, y allí lo dejan por un término voluntario. Hacen las mismas preguntas y responde: *que nada vale*; se repite hasta diez veces despues de que habló, *si está muerto?* pero no responde á esas diez interpelaciones.

«*De cómo se vengán los parientes cuando el muerto responde despues de tomar el brebaje.*—Los parientes se reúnen en espera del boitío, al que dan una paliza que le quiebra las piernas, los brazos y rompen la cabeza: queda al parecer molido, en la persuasion de haberlo matado. Creen que por la noche vienen culebras de todas clases, blancas, negras, verdes y de otros muchos colores, que lamen las contusiones y fracturas al médico. Dura esto dos ó tres dias, al cabo de los

cuales el médico se levanta, y marcha alegremente para su casa. Los que lo encuentran le preguntan: *¿no habías muerto?* Y él contesta: *los semíes en forma de culebra me han socorrido.* Los parientes del difunto montan en cólera, pues lo creyeron muerto; se desesperan y procuran por hacerlo morir, y si pueden atraparlo le sacan los ojos y lo castran, porque creen que es preciso esto último para hacer morir á un médico.

«*Lo que hacen para saber lo que quieren de los que queman y cómo se vengan entonces.*—Cuando descubren el fuego, si el humo se eleva hasta el cielo, perdiéndose de vista, y desciende y entra en la casa del médico; éste, si no observó la dieta, cae enfermo á su vez, se cubre de úlceras, y pierde la piel á pedazos: es la señal de que no se abstuvo y la razon de que muriera el enfermo.»

De esta descripcion se desprende que era bien triste la condicion de los médicos siboneyes. En caso de muerte, los parientes del difunto tenían derecho á juzgar la conducta del boitío, para averiguar la culpabilidad que tuviese en el desenlace fatal; y por la naturaleza de la ceremonia acostumbrada, quedaba el médico á merced de las arbitrarias decisiones de sus jueces, que, por ser partes interesadas, les infligirian ordinariamente las penas más severas; ó en razon directa del aprecio en que tuvieron al difunto; así es que refiere el hermano Roman que llegaban al extremo de sacarles los ojos y de castrarlos, para que murieran de esta operacion que el pueblo creia necesaria para matar á un médico. Dice en que en otras ocasiones les rompian los huesos á palos, pero yo no comprendo qué clase de fracturas serian esas que curaban radicalmente al tercer dia, ó si eran simplemente contusiones exageradas por el narrador. En fin, creian los siboneyes que en caso de culpabilidad sufría el médico un castigo sobrenatural que cubría su cuerpo de úlceras graves.

En diversos pueblos bárbaros existió tambien la costumbre de castigar á los médicos cuando moría el enfermo. Malte-Brun, en su Geografía Universal, refiere que los médicos de una tribu de la América del Sur tan luego como declaraban muerto al paciente, tenían que huir acosados por las pedradas que le lanzaban los parientes y amigos del finado.

En el curso de esta historia se dice que la medicina de los siboneyes era de carácter religioso, y que la ejercían los behiques y boitíos. Los historiadores de Indias convienen en que los *behiques* ó *bohiques* eran los sacerdotes, y los *boitíos*, que eran los médicos, también se hallaban revestidos de la autoridad sacerdotal, aunque debía ser en ellos secundaria y casi de invocación para obtener las curaciones. Solo así, es decir, juzgándolos más bien como profanos, se comprende que el pueblo se atreviese á castigarlos, pues no es razonable suponer que en esas sociedades de organización teórica, los sacerdotes pudieran ser juzgados por el pueblo que era esclavo de sus voluntades, mientras que sí pudieran serlo otros médicos de categoría inferior, que tal vez estarían en más íntimo contacto con el enfermo, sobre los cuales se concibe que recayera toda la cólera de los familiares, pero nunca sobre sus sacerdotes, los behiques, ó médicos superiores ó consultores.

«*De qué modo hacen y conservan los semies de piedra ó de madera.*—Los que se forman de madera se hacen así: cuando un caminante nota removidas las raíces de un árbol, se detiene aterrorizado y pregunta lo que es. El árbol responde: *me llamo Boitío y eso dice quién soy.* Entónces el hombre busca un boitío, le dice lo que ha pasado, y el brujo ó adivino corre al árbol que ha hablado, se sienta debajo de él y hace *cojoba*. Hecha la *cojoba* se pone de pié dándole los títulos de un gran señor, y le interroga de esta manera: *¿Dime quién tú eres? ¿y para qué me has hecho llamar? ¿Dime si te corto y deseas venir conmigo? Si vienes conmigo ¿cómo quieres que te lleve? Te haré casa con sus pertenencias.* El árbol convertido en semí ó diablo le contesta del modo que se le antoja: lo corta ó se observan sus mandatos. Le construye una casa y sus pertenencias, y le hace la *cojoba* durante el año: la *cojoba* es el sacrificio ó culto para rogarle ó adorarle y complacerle, para preguntarle y saber del semí lo que le conviene así como para pedirle que lo enriquezca.

«Los semies de piedra son de diferentes formaciones. Dicen unos que se hacen de los huesos ó cuerpos disecados de los muertos por los médicos, y los enfermos guardan los mejores para hacer partear á las mujeres.

«Había un semí llamado *Baidrama*. Cuando alguno enfermaba lla-

maba al boitío y le preguntaba de lo que provenía la enfermedad; y les decían que Baidrama lo enviaba á requerirle porque no había mandado de comer á los que cuidaban su casa, y así les trasmitía el boitío lo que Baidrama les había dicho.»

En esta parte que es una mezcla de medicina y religion, habla el hermano Roman del descubrimiento de un semí y de la ceremonia que debía practicar el boitío que aquí aparece como sacerdote guardian de los semies, para trasladarlo á su casa ó templo. Se refiere luego en particular á un semí llamado *Baidramâ* y tambien *Buja* y *Aiba*, que debía ser probablemente el dios de la salud, del que eran intérpretes los boitíos, y al que todo el pueblo estaba obligado á ofrecerle alimento, sopena de perder su gracia y enfermarse el que no lo hacía.

Por toda esta larga relacion se vé cuán atrasados estaban en conocimientos médicos nuestros siboneyes. Sobre *anatomía* no se hace más alusion que á las regiones superficiales de las partes del cuerpo, sin entrar en detalles de ninguna especie, ni nombrar ningun órgano mas profundo que la piel, á no ser el testículo, único á que se alude, el cual bien puede considerarse como externo, y de cuya organizacion debian tener idea por cuanto acostumbraban á practicar la castracion. Sabían que el cuerpo estaba sostenido por el esqueleto óseo, limitándose á saber que existian los huesos, sin que se nos haya trasmitido una relacion completa de sus conocimientos osteológicos. Conocian la carne en masa, pero ignoraban ó por lo ménos nada se dice que conocieran los músculos. Un silencio completo reina respecto á los aparatos digestivo, circularorio, respiratorio, y sistema nervioso, y en fin á todas las partes profundamente situadas. Su anatomía se reducía por consiguiente al conocimiento de las partes que son visibles y tangibles, y aún éstos eran conocimientos de disposicion pero no de estructura.

Su *fisiología* era tan rudimentaria como su anatomía. Se limitaba su saber en dicha ciencia al grosero del funcionamiento de los ojos, por cuanto empleaban como castigo su destruccion, y se trasluce que tambien debian conocer las funciones del testículo, porque se valian igualmente de la castracion como castigo, pero con la creencia errónea de que este órgano era esencial para la vida de ciertas personas, segun se ha dicho en un párrafo de la relacion que hemos

transcrito. Es probable que supieran que la integridad de los huesos de los miembros era necesaria para ejecutar los movimientos de locomoción, por que se dice que rompían en ciertos casos los huesos de las piernas y de los brazos á los médicos, que quedaban así postrados sin poder moverse durante tres días, sin embargo de que ya más arriba hemos expuesto nuestras dudas sobre este particular; así es que de esa misma aseveración se desprende cuan imperfectos eran los conocimientos de los indios sobre la regeneración del hueso.

No dudo que también conocieran las funciones del oído, olfato, gusto y tacto, porque estos son conocimientos generales á todos los hombres y de constante aplicación al mundo exterior en todas las circunstancias de la vida.

Los siboneyes poseían algunos mayores, aunque imperfectos, conocimientos de *patología*. La voz *axe*, según Bachiller, significaba algunas veces enfermedad, aunque su acepción general era del tubérculo comestible llamado ñame.

Conocían las contusiones, heridas y úlceras, y de estas últimas, unas de forma grave, que cubrían todo el cuerpo y hacían caer la piel, aunque en este punto debe haber exageración, máxime cuando á esta enfermedad se atribuía un origen divino.

La embriaguez por el tabaco no solo era frecuente sino que abusaban de ella, pues era una práctica corriente en el médico y su enfermo al principio de la curación.

Nuestros indios designaron con el nombre de *caracol* á una enfermedad que, según se refiere, era semejante á la sarna y que ponía las manos ásperas. En una fábula de su mitología se alude á la necesidad que tuvieron los primeros moradores de valerse de estos hombres de manos ásperas, para retener á los seres fantásticos de los que luego salieron las mujeres, los cuales se deslizaban de entre las manos de los otros hombres no enfermos que querían aprisionarlos. No sabemos á cual enfermedad de las nuestras correspondería ó se aproximaría esta que nos ocupa, por ser incompletos los caracteres que se les asignan.

No debemos pasar en silencio la *sífilis*, cuyo origen tantas veces se ha atribuido al pueblo americano. Sin embargo, las vivas discusiones sostenidas sobre este particular han juzgado la cuestión favorable-

mente para el Nuevo Mundo. Por lo tanto, evitaremos la enojosa repetición de este punto histórico, y no combatiremos con muchos argumentos la opinión del origen americano de la sífilis, basada en la coincidencia de la propagación epidémica de esta enfermedad en Europa con el descubrimiento de la América. Basta recordar que desde el siglo XIII se escribió sobre ella en Italia, y que desde mediados del siglo XV ya era allí conocido el *mal francés* y la virtud que tenía el mercurio para curarlo. Pero hay además un hecho que es decisivo: en Marzo de 1493, pocos días después del regreso de Colón en su primer viaje de las Indias recién descubiertas, al puerto de Palos, se ordenó en París, mediante pregon, que *todos los enfermos de sífilis salieran in continenti de la ciudad*. Esta medida revela que la enfermedad había tomado grandes proporciones en aquella capital, y es claro que para llegar á ese extremo debía existir desde mucho tiempo antes en Francia, puesto que esta afección es más lenta en su desarrollo y propagación que la mayor parte de las epidemias conocidas. Así es, que de todos modos sería imposible creer que en pocos días, con las malas comunicaciones de aquella época, hubiese salvado la distancia de Palos á París para mostrarse epidémicamente en esta última ciudad.—Muchas otras pruebas pudieran alegarse sobre el origen europeo, y tal vez asiático y antiquísimo de la sífilis, pero las ya expuestas son suficientes para convencernos de que dicha enfermedad no es procedente de la América.

Ninguna mención hacen los historiadores del conocimiento que tuvieron los siboneyes de las fiebres y otras afecciones comunes, que existían en esta región, y que desde el principio castigaron á los conquistadores españoles; pero atribuyo la deficiencia de datos sobre estos particulares á que ninguno de los narradores de la conquista se ocupó de medicina más que incidentalmente, y cuando lo hacían fué siempre de un modo imperfecto.

Oviedo refiere que abundaban tanto las *niguas* (*pulex penetrans*) en los primeros tiempos de la llegada de los españoles, que, en los hombres que no se cuidaban de ellas, se propagaban con tal abundancia que los atacados se quedaban tullidos y mancos para siempre.

Las Casas dice de igual modo que los indios sufrían de la enferme-

dad parasitaria debida al *piojo* (*pediculus capitis*) pero sin señalar si fué ó no introducido por los conquistadores, lo que era fácil, pues sabemos que desde antiguo existía en Europa.

La *terapéutica* de los siboneyes se reducía al conocimiento de las propiedades narcóticas del tabaco, que usaban frecuentemente para embriagar á los enfermos.

Pero la medicacion que casi exclusivamente usaban era la antiflogística: sangrías y evacuantes. Cuando se solicitaban los servicios de un médico, empezaba éste por administrar un purgante á su enfermo, y despues el vomitivo usual, y en fin, una série de manipulaciones que tambien figuraban como medios terapéuticos destinados á influir sobre la imaginacion de los enfermos.

No sabemos que sustancia usaban como purgante, pues no tenemos en este concepto al tabaco como indica algun escritor. Para vomitivo empleaban una mezcla de tabaco y una especie de cebolla machacados, y añade el hermano Roman que con el mismo fin usaron una yerba sagrada que llamaban *gueyo*. Tal vez esta planta no sería otra que el tabaco, que es vomitivo y no purgante como ha dicho el Sr. Bachiller.

La planta sagrada cuyo uso enseñó Bohito II, se nombraba *gueyo*; ahora bien, como sabemos que de todos los vegetales que conocían los indios al descubrirse la América era el tabaco, el más importante por sus diversas propiedades, y como se dice además que se empleaba en las prácticas religiosas, bien pudiera ser que *gueyo* fuera el nombre sagrado de la planta, ó la planta viva, miéntras que por *tabaco* designasen las hojas secas de esta yerba destinadas á quemarse, así como el instrumento con que aspiraban su humo, y por último, *cojoba* era la bebida hecha con zumo de las hojas verdes de tabaco, que ofrecian á los semies para tenerlos propicios, y que con tanta frecuencia figuraba en sus prácticas religiosas y médicas. Debian tambien usar el tabaco como sudorífico, puesto que goza de esta propiedad casi á la misma dosis en que es vomitivo. Usaban además como medicamento la *jagua* (*genipa americana*, L.) pero sin indicar su accion sobre el organismo. Actualmente se le conceden propiedades resolutivas: muy útil, segun Pichardo, contra las heridas, lobanillos, y otras afecciones.

Pero el principal medio terapéutico de que disponían era el empleo

del agua fría, hasta tal punto que el P. Las Casas dice que «en enfermando la persona, mujer ó hombre, si estaba muy mala, la sacaban de la casa los parientes y deudos, y la ponían cerca de allí en el monte; allí le ponían algunos jarros de agua, y otras cosas de comer, sin que con ella estuviese persona alguna. Creo que la requerían de cuando en cuando y la lavaban, por que por principal medicina usaban lavar los enfermos, aunque quisiesen espirar, con agua fría, lo cual, ó hacían la continua costumbre que tenían cada hora, estando sanos, por limpieza lavarse, ó por superstición, creyendo que el agua tenía virtud de limpiar los pecados y dar sanidad corporal.» En fin, la cirugía era practicada por los siboneyes en ciertos casos. Carecían de instrumentos especiales para hacer las operaciones; así para practicar la que entre ellos era más comun, la sangría, se valían de las púas del maguey. No se indica en que parte del cuerpo hacían la sangría, pero si se afirma que era de un uso frecuente.

Ningún detalle nos ha llegado tampoco sobre el modo que tenían de sacar los ojos, y de hacer la castración; pero suponemos que la primera de estas operaciones sería un vaciamiento de algun modo grosero, y la segunda se haría por corte y magullamiento con un cuchillo de piedra más ó ménos afilado. Como estas dos operaciones se realizaban en el concepto de penas, probablemente ningun tratamiento post-operatorio se aplicaría á los pacientes. Y, para terminar con lo que se refiere á la cirugía, recordaré que en la mitología de Haití se dice que la mujer *Tauhuana* murió de un parto, y que le abrieron el vientre y le extrajeron cuatro gemelos. Esta fábula nos induce á creer que alguna vez se practicaría allí la operación cesárea.

Pero generalmente las mujeres indias parían con tan sorprendente facilidad que el P. Las Casas afirmaba que «era cosa maravillosa con cuan poca dificultad y dolor parían, cuasi no hacían sentimiento alguno más de torcer un poco el rostro, y luego, que estuviesen trabajando y ocupadas en cualquiera oficio, lanzaban el hijo ó hija y luego lo tomaban y se iban y lavaban á la criatura, y á sí mismas, en el rio; despues de lavadas daban leche á la criatura, y se tornaban al oficio y obra que hacían.»

Mayores noticias nos han trasmitido los historiados sobre la *higiene*

de los indios. Nos dicen que los siboneyes eran sanguíneos, alegres y amorosos, benévolos, dulces y benignos; y añade el P. Las Casas, que de buena memoria y rica fantasía, cualidades que atribuye á la influencia de un clima siempre templado, y á las costumbres morigeradas de aquel pueblo primitivo. Así no es extraño que alcanzaran una edad avanzada, habiendo él visto muchos ancianos de más de ochenta años.

Nos aseguran que se recortaban el pelo, que se bañaban con frecuencia; y que se pintaban en la piel flores, las mujeres, y dibujos variados los hombres, de color rojo con las semillas de *bija* (*Bixa orellana*, L.), de negro con la *jagua*, y así con otras sustancias cororantes. Algunos autores suponen que no se pintaban por vana ostentacion, sino para preservar su piel de las picadas de los mosquitos y otros insectos chupadores.

Las mujeres se casaban muy jóvenes; eran de costumbres moderadas en sus relaciones con el hombre, pero muy fecundas. Las Casas afirma que era general que tuviesen muchos hijos, solo llevándose ellos un año de diferencia, que vió amenudo partos gemelos, y refiere el caso de una mujer que tuvo cinco hijos de un solo parto. Apenas parian, lavaban á las criaturas con agua fría para que no se les endureciese el cuero, costumbre que es de una rigurosa buena higiene, así como las mujeres recién paridas se bañan también en agua fría sin que les hiciese ningún daño. También se dice que durante la lactancia las mujeres no tenían contacto carnal, pero no es fácil creer que así fuese, tanto por el instinto que lo ordena como por la abundancia de hijos que tenían.

Su alimentación era principalmente vegetal, de los que utilizaban el maíz, la yuca de que hacían casabe, que aún en nuestros días se consume en el campo, y, en fin, diversas frutas. Entre las carnes consumían la de algunos reptiles, como la *iguana* (*Cyclura carinata*, Harlan), y de algunas culebras y tortugas; y entre los mamíferos las de las *jutias* (*capromys*); pero de todas las comidas animales prefieren los pescados, consistiendo la principal ocupación de los hombres en procurarse esta clase de alimentos. Respecto á bebidas no conocían otra más que el agua.

Entre los ejercicios higiénicos á que se dedicaban, conservado-

res de la robustez del cuerpo, recordaré la caza y la pesca, así como la natacion, en cuyo arte eran muy diestros; los *areitos*, que eran sus bailes, á cuyo ejercicio fueron en extremo aficionados, teniendo por él tal pasion que amenudo pasaban muchas horas seguidas bailando hasta quedar extenuados de fatiga; y en fin el juego de la pelota al que se entregaban cuando se reunian en la plaza pública.

Variados detalles nos han dejado los escritores de aquella época sobre el destino que daban los siboneyes á sus cadáveres. Ordinariamente los enterraban de un modo análogo al que usan los pueblos europeos. Cuenta Las Casas que los enterraban en los montes, y Gómara añade que los sentaban en la sepultura, y les ponian al rededor pan, agua, sal, frutas y armas. Practicaban la incineracion de cadáver de algun personaje cuando querian averiguar la culpabilidad que en su muerte suponian al boitío, del modo que se indica en los párrafos copiados de la relacion del hermano Roman Pane. Por su parte, dice Charlevoix, que los indios disecaban hasta dejar como mómias los cadáveres de las personas principales, y que solían conservar los huesos; pero no describe el modo que tenian de momificarlos.

Por esta descripcion quedamos persuadidos del gran respeto que tenian por sus muertos. Enterraban á las gentes del pueblo, pero á los cadáveres de sus casiques les reservaban mejor destino: los disecaban y conservaban momificados, como objeto de veneracion y para recuerdo de sus hazañas. Nada he leído, sin embargo, de haberse descubierto ó conservado hasta el presente alguna de esas mómias, y es sensible que de ellas no se hubiese hecho una detallada relacion y comparacion con las de Egipto. Por eso me limito á reproducir la expresion de Charlevoix sin concederle gran valor, puesto que no hay datos suficientes para asegurar que los siboneyes conocieran las prácticas del embalsamamiento.

Aquí terminamos el estudio histórico de la medicina de los primeros pobladores de esta Isla (1).

(1) Se han consultado principalmente, para la redaccion de este trabajo, las publicaciones siguientes:

Fray Bartolomé de Las Casas.—«Historia de las Indias» edicion publicada en

La raza siboney disminuyó rápidamente desde el principio de la conquista angustiada por los trabajos penosos á que la sujetaban los españoles. Ya hoy puede decirse que ha desaparecido al ménos con su carácter de originalidad, no quedando más que algunos restos de aquella raza en el departamento oriental; y con ella ha desaparecido el escaso grado de civilizacion que alcanzaron, absorbida por otra muy superior que trajeron los europeos.

ENRIQUE LOPEZ

Madrid en 1876, por el marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon.

Coleccion Rivadeneyra.—«Historiadores de Indias.»

Pichardo.—«Diccionario de voces cubanas.»

Bachiller y Morales.—«Cuba primitiva.»

Jullien.—«Enfermedades venéreas.»

MARLOWE.

Why this is hell, nor am I out of it!

Es error creer que el teatro inglés cuenta con un solo nombre ilustre y digno de respeto; porque ya en 1586, cuando Guillermo Shakespeare entró en Londres por vez primera, poseía Inglaterra una literatura dramática original y notable, que en pocos años se había desarrollado de modo asombroso. Más aún. Todos los caracteres generales que distinguen las obras del *bardo de Avón*—la fantasía exaltada y sangrienta que se manifiesta en las últimas escenas de *Hamlet*; el fatalismo sombrío que preside á la triste muerte de *Romeo y Julieta*; el desbordamiento feroz de las pasiones humanas que reina en *Macbeth*, en *Otelo*, en *Ricardo III*;—toda la mezcla, en resúmen, de violencia y desenfreno, que tanto repugnaba á los pudibundos clásicos de Luis XIV, constituía también los rasgos distintivos del teatro inglés predecesor y contemporáneo de Shakespeare.

Nacido en el siglo xvi, una de las épocas de más desorden moral que registra la historia; producto de un pueblo cuyos anales hasta entónces, y después de entónces, parecen escritos con sangre, teatro semejante, hubo, por fuerza, de ser así. Muerte, desolación, crímenes, infamias en alto grado; tales eran los únicos resortes que podían conmover en la escena al público de Londres, acostumbrado á que sus

reyes cayeran bajo el puñal ó el veneno y á que sus ídolos de la víspera perecieran al otro día en el cadalso.

Si la literatura no es más que una representación del estado social, con mayores motivos dentro de ella ha de serlo el teatro, género literario que mejor revela los gustos y el carácter de cualquier pueblo. En los dramas de Lope y Calderon—cuyo fondo sublime se halla envuelto frecuentemente en la forma más culterana y oscura que imaginarse puede—no ha de buscarse la sinceridad de la frase ni la limpieza de la idea, porque el teatro español no podía siempre expresar lo que eran incapaces de poseer los súbditos de la hipócrita y corrompida Corte de los Austrias; en las tragedias de Racine y de Voltaire no se encontrará tampoco, ni la fé, ni el sentimiento religioso que no alimentaban los franceses escépticos y burlones, herederos del sarcasmo de Rabelais y de la ironía punzante de Brantôme, sino el ropaje falso del arte rebuscado que tiende á matar la espontaneidad del génio y á secar el entusiasmo, inútiles en un senado bizantino de retóricos. De la misma manera Shakespeare eco de su nación y de su época, no hizo más que recoger las notas que habian halagado y halagaban los oídos del pueblo inglés y reproducirlas agigantadas y sonoras con el poder de su talento aumentativo (1).

Desde sus primeros pasos ya revela el arte dramático en Inglaterra que se iba preparando el advenimiento del autor de *Macbeth*. La for-

(1) Mr. Alfred Morel Fatio en un, por otros conceptos, muy notable discurso sobre *La Comedia Española* (Paris, 1885) sostuvo que Shakespeare se encontraba sólo entre los dramaturgos ingleses y á su alrededor el vacío. Consigné la frase el mismo año en un artículo de la REVISTA CUBANA, que motivó otro de su eminente Director publicado en el número inmediato del importante periódico. También en mi ensayo *Los contemporáneos de Shakespeare*, que vió la luz en las páginas de la propia REVISTA, hube de rebatir la injusta asercion de Morel-Fatio.

—Noticias sobre algunos escritores dramáticos ingleses de aquella época se encuentran en el folleto de CÁRLOS LAMB: *Specimens of English Dramatic Poets who lived about the time of Shakespeare*, reproducidos siempre con los *Essays of Elia* del celebrado humorista y crítico. V. también: COLLIER: *History of Dramatic Poetry to the time of Shakespeare*, fuente de información erudita superior á Reid, Langbaine y Hawkins. MEZIÈRES: *Les Contemporains de Shakespeare*. TAINE: *Histoire de la littérature anglaise*, t. II.

ma clásica usada por Sackville en 1562 al escribir la primera obra dramática considerable del teatro británico, después de la más débil de Lord Burckhurt en 1561 (porque las de Udal y Still en el reinado de Enrique VIII y comienzos del de Isabel, respectivamente, tienen sólo el mérito de la antigüedad) la forma clásica, fué pronto desterrada. De poco valieron las acres censuras de Sir Philip Sidney, al querer revivir las tres unidades aristotélicas y el pretendido purismo del drama griego, clamando al propio tiempo contra la ausencia absoluta de reglas en las obras teatrales. Sus protestas se perdieron en la indiferencia general, y como iban revestidas de un lenguaje pretencioso y altisonante no fueron comprendidas por el pueblo, que siguió protegiendo con su dinero y sus aplausos la naciente literatura, y no se ocupó en cambio de las obras de Sir Philip quien, Jorge de Montemayor británico, pretendió desarrollar el gusto por las melosas novelas pastoriles, inspirándose para su *Arcadia* en la falsa musa de Bembo y de Sanazzaro (1).

Mientras tanto el teatro libre, rico, juntando al favor popular el oficial que le brindaba la Reina, seguía su carrera triunfante desplegando, con la fuerza de la juventud, todas sus condiciones de fresca imaginación y potencia creadora. Whetstone, Peele, Greene, entre los mejores; Lodge, Lilly, Nash y Hughes, entre los medianos; Marlowe, sobre todos ellos, iban, sin duda, preparando al público especial que los aplaudía, para recibir las obras inmortales del gran Guillermo. Llegó éste, y hubo de superarlos á todos, aún plagiándolos muchas veces con inaudito descaro, é imponiendo el sello definitivo á su escuela dramática, que siguió después de él, hasta morir con Shirley, su último desdichado representante. Shakespeare es un génio único en la huma-

(1) Los ataques de Sidney al teatro se hallan principalmente en su *Defense of Poesy*, impresa en Londres, 1595. Allí decía: «Our tragedies and comedies, not without cause, are cried against, observing rules neither of honest civility nor skilful poetry.» En su manía por el género pastoril, llegó en el propio libro á condenar la metrificación como elemento indispensable de la Poesía, sosteniendo así el pensamiento que quiso Fenelon llevar también á la práctica en su inmortal *Telémaco* Sidney decía: «It is not rhyming and versing that maketh poesy: one may be a poet without versing and a versifier without poetry.»

nidad, y nada tiene de extraño, por consiguiente, que oscureciera á sus contemporáneos. No pertenece á una nacion, sino á la gloria de los hombres, y «no fué de una época, sino de todos los tiempos»

..... *was not of an age, but for all time,*

como Cervántes y Victor Hugo. Sus obras, que constituyen el Nuevo Evangelio de que habla Holmes, han traspasado los límites estrechos de su idioma, y los personajes creados por su fantasía recorren el mundo, como Don Quijote, seguidos de la admiracion y del aplauso.

Antes que él, sin embargo, pero muy poco ántes, entre la turba de los dramaturgos que el sol shakespeariano desvaneció de un golpe,—hubo un hombre que manifestó fuerzas para igualarlo, y que lo hubiera igualado, tal vez, con el tiempo. Era tambien un génio, sin duda, el ser extraordinario que se llamó Cristóbal Marlowe. No pudo alcanzar el éxito absoluto porque la muerte lo detuvo en su camino; pero sus obras, indican la altura notable á que hubiera llegado con mayores años en el ejercicio de la escena. Malogrado y todo, alcanzó una talla que se acerca á la de Shakespeare y se hombra con la de Goethe.

La vida de Marlowe fué la misma de sus compañeros los escritores de teatro ingleses que habitaban en Lóndres durante aquel tiempo. Si por los procedimientos y el carácter de su dramaturgia se parecen tanto, la misma semejanza existe entre ellos como hombres. La biografía de uno, casi es la biografía de todos. Los hechos podrán variar; las víctimas de sus engaños ser distintas; diferentes las mujeres seducidas, los hombres atropellados, las sentencias infamatorias sufridas, el número de borracheras alcanzado; pero en el fondo son la misma cosa. Corrompidos, caballeros de industria, histriones, algunos de ellos por la educacion que recibieron en sus propios hogares, otros por natural perversion de carácter que los indujo al abandono de una familia acomodada y virtuosa, todos estaban llenos de aborrecibles defectos.

Taine los pinta admirablemente en las páginas brillantes de su *His-*

toria de la Literatura Inglesa. Asombra que aquellos hombres pudieran haber sido los fundadores de un teatro. Y, sin embargo, Greene, el más repugnante y vicioso, tal vez, poseía notable talento y una aparente *bonhomie* encantadora, en medio de los arranques salvajes del estilo general de sus contemporáneos. Marston, libertino, desenfrenado y burlesco, recuerda á Swift en algunos rasgos salientes. Rowley, Middleton, Ford, Massinger, Beaumont y Fletcher, Chapman, el «raro Ben Jonson», particularmente, con niveles desiguales alcanzan un puesto en la historia de la literatura inglesa. Pero ¡qué vida la suya! Habitando por fuerza en los últimos y más bajos barrios de Londres, tenían que codearse con la gente áspera y grosera del populacho y vivir defendiéndose con el puño ó el estoque de las imposiciones de la violencia tan frecuentes en el vulgo. Así escribían, en las tabernas, entre los gritos de la crápula y el tumulto de las riñas, satirizándose unos á otros, tan pronto amigos de corazón, como enemigos encarnizados. Así morían, también, á mano airada, en prisión, de tristeza, casi todos en la mayor miseria.

Marlowe fué más que todos desordenado y violento. Protejido por Sir Robert Manhood pudo hacer estudios en Canterbury y en Cambridge, alcanzando los grados de Bachiller y Maestro en Artes, no obstante la pobreza de su padre que era zapatero. Logró instrucción superior á la comun de la época, como lo demuestran sus traducciones originales del griego del *Robo de Helena*, de Coluthus, del *Hero y Leandro* de Museo, y las latinas de algunas *Elegias* de Ovidio y el primer libro de *La Farsalia*. ¡Pero cuán diferente su existencia de la que parecen revelar estos trabajos académicos! Espíritu desarreglado, desbordado, vehemente y audaz, pero grandioso y sombrío, con el verdadero «furor poético»; pagano en sentido artístico, y revolucionario contra las costumbres y doctrinas establecidas, así lo pinta Taine en las páginas que ya he citado. Ateo escandaloso y vocinglero, proclamaba sus creencias en contra de Dios, y del Cristo, y de la religion entera, haciendose notable por la propaganda tenaz de estas ideas. Actor, como Shakespeare, tuvo que retirarse pronto de las tablas por inútil, á consecuencia de haberse partido una pierna en un garito. Procesado despues por sus desvergüenzas y herejías estuvo amenaza-

do de sufrir condena terrible; pero él propio se libertó al fin de ella, porque cortejando á cierta fregona en una taberna, entabló riña con el criado, que era su rival, y queriendo apuñalearlo éste más hábil ó más fuerte, dobló á la inversa la mano que empuñaba el arma y el propio Marlowe se hirió en un ojo atravesándose el cerebro. Treinta años tendría entonces escritor tan extraordinario, cuya muerte fué indigna al igual de su vida. Entre los que lo conocieron, el recuerdo del hombre superó el del poeta. Ni una lápida colocaron sobre su tumba en el cementerio de Deptford, que recordara á la posteridad sus obras, sino simplemente este letrero, memoria elocuente de la tremenda escena final de su existencia:

Cristóbal Marlowe, muerto por Francisco Archer el 16 de Junio de 1593 (1).

Las obras de Marlowe habian de ser forzosamente un eco de su vida. Imposible es que las pasiones lleguen á imperar con tanta fuerza sobre un individuo sin que todo cuanto haga se resienta de la influencia dominadora de las mismas. Marlowe escritor es Marlowe hombre. Cuanto gustaba al público inglés de su época, en argumentos sombríos y preñados de sangre, se encuentra en sus dramas; pero en tan alto grado de terror que ninguna de las obras de sus contemporáneos se le puede comparar. Apénas, con efecto, se concibe que nadie pudiera haber escrito el drama que tituló *El Infierno del Vicio* (cuadro repugnante, digno del nombre que lleva) ni el de *La Matanza de París*, trazada tres años despues de la Saint-Barthelemy, acontecimiento que hirió vivamente la imaginacion exaltada de aquel Rotrou bárbaro, segun le llama uno de sus críticos, cuya inteligencia delirante y destornillada dejaba notar los relámpagos del génio. Horrores sin

(1) La mayoría de los datos que se conservan sobre Marlowe y sus compañeros —además de las alusiones mútuas que se hicieron en sus obras— existe en el diario del contemporáneo Henslowe, empresario que fué de teatros. Ha sido explotado este diario por cuantos han escrito despues de la materia.

término (como los del terrible acontecimiento histórico que el drama refiere) componen el único tejido de la acción sin argumento de *La Matanza de París*. Casi lo mismo son las otras obras suyas en su mayor número, no obstante superar por otros conceptos á las dos tragedias mencionadas. ¿Pueden presentarse, en larga serie hechos más recargadamente sombríos que los que constituyen *Tamburlaine the Great*, drama de Marlowe, celebrado por Collier como el mejor de los de aquel aunque, en honor de la verdad, no sea el primero? (1). La historia del pastor escita, que llegó por su heroicidad á ser el espanto de los reyes, atados á su carro triunfante, revela, sin embargo, génio creador y recuerda, en la energía de sus versos inflados y bombásticos—cantando triunfos y proezas inverosímiles—la inocente, aunque mucho más poética y sencilla virilidad con que relataban en España los antiguos romanceros las fabulosas proezas del Cid Campeador. Hay más falsedad en la creencia, y peor gusto en Marlowe, pero la nota enérgica es la misma y en el fondo se asemejan aunque difieran en el estilo. ¡Qué distintos tipos, sin embargo, el Cid y el héroe del dramaturgo inglés! La nota dulce del amor—que con el nombre de Jimena penetra en el alma del héroe legendario de la reconquista española—no encuentra cabida en el corazón ébrio de Tamburlaine, especie de tigre sediento de sangre y despojos humanos, como sólo un

(1) Algunos eruditos equivocados, han querido negar á Marlowe la paternidad de esta obra. Malone—aquel sábio que tantas ignorancias dijo de Shakespeare—se la ha atribuido á Nash, pequeño al lado de Marlowe, aunque trabajó con él en cierta mediocre tragedia sobre Dido de Cartago. Documentos de la época confirman que la obra fué de Marlowe.

Tambien se le ha querido negar la gloria de haber sido con *Tamburlaine* el introductor del verso libre en el teatro inglés, lo que es indiscutible que hizo, exceptuando un ensayo anterior, sin éxito, de Whestone. El propio Nash lo censura por ello en unas líneas de su Prólogo al *Menaphon*, de Greene, impreso en 1587.

Pero se ha llegado á más por los sostenedores de la infundada teoría de que las obras de Shakespeare fueron escritas por Bacon. Un norte americano, Mr. Ignatius Donnelly, ha pretendido que hasta las obras de Marlowe fueron tambien escritas por Bacon, pretension tan ridícula como destituida de fundamento, y apoyada en las siguientes supuestas palabras del Canciller y filósofo inglés: «antes que Shakespeare, Marlowe fué mi máscara.»

inglés del siglo XVI—y más si este inglés se llamaba Marlowe—hubiera sido capaz de describirlo. ¿Quién no reiría hoy ante la recitación de aquellos versos tan ridiculamente rimbombantes? Sin embargo, tienen valor inapreciable para el crítico como documento de los primeros pasos de la escena que habían de ocupar muy poco tiempo después *Macbeth*, *Hamlet* y el *Rey Lear* (1).

Lo que sí llama la atención, es que *Tamburlaine the Great*, haya podido verse colocado sobre *The Rich Jew of Malta*, obra en que Marlowe no pintó, por cierto, menos crímenes y horrores, pero en que trazó la silueta gigante de un gran carácter en Barrabás, su infame protagonista, y carácter tan grande, que hoy no cesamos de admirarlo y estudiarlo llenos de asombro, porque Shakespeare comprendió de una mirada su importancia y lo ha hecho inmortal en el Shylock eterno, encarnación de la raza sin patria de Israel. Pocas obras producen tanto efecto de terror como esa tragedia de Marlowe, cuya última escena,—en que el protagonista muere quemado vivo en una caldera de líquido hirviente, renegando de sus jueces y de él mismo, que considera no haber hecho todavía bastante mal sobre la tierra—es involuible por sus rasgos de inspiración calenturienta y sin freno, como todos los grandes rasgos de Marlowe, que con ferocidad de verdugo contra las más gratas ilusiones del alma, las ahogaba entre sus versos de ateo y sus bufonadas de borracho encenagado en los suburbios de Londres. . . . ¿Pero no tuvo aquel hombre instantes felices en que una musa apacible y buena guiara su pluma? Si no los hubiera tenido, apenas merecería ser recordado hoy por la historia, hoy que los gustos han cambiado y el público refinado del siglo XIX no es aquel basto público que se aglomeraba en los corrales que hacían entonces de

(1) Como muestra, recuérdese aquella imprecación del protagonista á los referidos reyes uncidos como caballos: *mimados matalones del Asia que sólo pueden tirar por el espacio de veinte millas al día*. Ante estas líneas Carlos Lamb dice: «Till I saw this passage with my own eyes, I never believed that it was anything more than a pleasant burlesque of mine ancient's. But I can assure my readers that it is soberly set down in a play which their arcertors took to be serious». *Speciment of Dramatic Poets*, etc.

teatros. Hay momentos en que leyendo á Marlowe la vista se detiene asombrada ante un pensamiento profundo, una idea altamente poética, ó un conjunto admirable de frases que por la concepcion parecen de Shakespeare y por la hechura de Corneille. Unase á esto, el escepticismo constante—que cuando no se manifiesta en forma brutal y feroz—late bajo las palabras con elegancia volteriana. Pocas veces se vé tal irónico escepticismo, prenda del siglo XVIII, es cierto, pero alguna se encuentra en las obras de Marlowe, así como más amenudo bellezas de primer orden, paisajes amenísimos en el conjunto de una perspectiva de negras é inmensas montañas sin término.

Notable es la tierna y delicada inspiracion de un trozo de su drama titulado *Lust's Dominion or the Lascivious Queen*, obra por otra parte llena tambien de horripilantes escenas. Es una balada el pasaje referido que simula un diálogo entre dos amantes—uno de ellos la *Reina Lasciva* del drama—que se brindan mutuamente riquezas, placeres y afeccion interminables como en el dulce canto *Come live with me and be my love* (Ven á vivir conmigo y á ser mi amor) popularísimo en lengua inglesa y obra de Marlowe, segun asegura Izaak Walton. Los versos rebosan dulzura y sentimiento, pero desgraciadamente algunas de sus estrofas encierran exceso de fantasía digno de la época. Palacios, delicias, lechos de rosas, bucles de oro, manjares de dioses servidos en fuentes de plata, y preparados para ámbos cada dia sobre mesas de marfil, brinda el uno al otro amante; y con no ménos amor es respondido, en versos más delicados todavía (1).

Pero muy superiores muestras de su talento poético dió en

(1) La gazmoñería inglesa se revela en el pudibundo cuidado con que Cárlos Lamb, logra entresacar una sola cuarteta de esta poesía de Marlowe para citarla.

Thy silver dishes for thy meat,
As precious as the Gods do eat,
Shall on an ivory table be
Prepared each day for thee and me.

Realmente lo demás de la poesía, no merece acres censuras, apesar de que la estrofa, segun Lamb, es «the most temperate which I could pick out of this Play.»

otras ocasiones, y así hemos de verlo en la tragedia del *Doctor Fausto*, la más artística y notable de sus creaciones. Si ella no existiera el drama mejor de Marlowe sería, sin duda, *Eduardo II*, primer esfuerzo serio para introducir la historia en el teatro hecho en Inglaterra antes de Shakespeare. La misma musa devastadora de la vida que reina en *The Jew of Malta* preside también aquí, pero en toda la obra se nota una insólita grandeza de concepción, una magestad, un desgarrador conocimiento del corazón humano en el secreto poderío de sus más ocultas ambiciones, que recuerdan pasajes de Ricardo III, y aún evocan la memoria de la Corte fementida del *Rey Lear*. De *Eduardo II*, se cita siempre, lo mismo por ingleses que por extranjeros, la última escena, la de la muerte del protagonista, que basta por sí sola para hacer comprender al lector que se encuentra enfrente de un genio dramático de primer orden. No puedo oponerme al deseo de reproducirla.

EL CASTILLO DE BERKLEY.—EL REY SÓLO CON LIGHTBORN.

- Eduardo.* ¿Quién está ahí? ¿Qué luz es esa? ¿A qué vienes tú?
Lightborn. A consolaros y traer os felices nuevas.
Eduardo. El pobre Eduardo encuentra poco consuelo en tus ojos, infame, y sabe que vienes solamente para matarlo.
Lightborn. ¡Para mataros, mi bondadoso señor! Muy lejos de mí la idea de haceros ningún daño. La Reina me ha enviado para averiguar cómo os tratan aquí, porque ella se afecta con vuestros sufrimientos. Y en realidad ¡qué ojos pueden dejar de verter lágrimas, viendo á un Rey en tan deplorable estado!
Eduardo. ¿Lloras? Escúchame un instante y tu corazón, aunque sea tallado en piedra como los de Gurney y Matrevis, se derretirá antes de que haya concluido mi relato. Esta prisión en la cual me tienen es una sentina á donde afluyen todas las inmundicias del castillo . . .
Lightborn. ¡Miserables!
Eduardo. Y aquí entre el fango y la podredumbre me han tenido estos diez días, y temerosos de que me duerma, redoblan tambores continuamente. Sólo me dan pan y agua. ¡á mí que soy el Rey! Por la falta de sueño y alimento mi espíritu se halla turbado, mi cuerpo debilitado y apenas si me doy cuenta de que existe mi cuerpo. ¡Oh! ¿Por qué mi sangre no puede salir gota á gota de cada una

de mis venas, como esta agua que cae de mis manchadas vestiduras? ¿Por qué no puede mi voz llegar hasta la Reina Isabel, y recordarle que yo era otro, cuando justaba por ella en Francia y de un bote sacaba de la silla al Duque de Clermont?

Lightborn. Oh! ¡No habéis más, mi señor! Eso parte el alma escucharlo! Acostaos sobre el lecho y reposad un momento.

Eduardo. Tus miradas no pueden indicar sino la muerte. Veo mi fin trágico escrito sobre tu frente. Espera siquiera un poco; reten un instante tu mano sanguinaria, y déjame ver el golpe, ántes de que llegue, para que en el momento mismo de perder la vida, mi alma pueda hallarse ocupada en Dios con mayor firmeza.

Lightborn. ¿Pero qué se propone Vuestra Alteza desconfiando de mí de ese modo?

Eduardo. ¿Pero qué te propones tú, disimulando así conmigo?

Lightborn. Estas manos no han sido manchadas jamás de sangre inocente; ellas no se mancharán hoy con la de un Rey!

Eduardo. Perdóname por haber tenido ese pensamiento. Me ha quedado un diamante: tómallo. Perdóname, sí, ese pensamiento. Temo todavía, y no sé cuál es la causa, pero cada una de mis coyunturas tiembla mientras te doy este presente. Oh! Si ocultas el asesinato en tu corazón pueda ese diamante cambiar tu designio y salvar mi alma! Sabe que soy un Rey. ¡Oh! A este nombre siento un infierno de torturas! ¿Dónde está mi corona? ¡Perdida! ¡Perdida! Y yo, yo vivo todavía

Lightborn. Estais espiado, mi señor. Acostaos y reposad.

Eduardo. Pero el dolor me tiene despierto. Deberia dormir porque en estos diez días mis párpados no se han cerrado. Si embargo, se me caen de cansancio mientras hablo, y el temor me los hace abrir. Oh! ¿Por qué estoy sentado aquí?

Lightborn. Si desconfiais de mí, me iré, señor.

Eduardo. ¡Nó! ¡Nó! Porque volverás si tienes la intención de matarme. Así, pues, quédate

Lightborn. ¡Se ha dormido!

Eduardo. ¡Ah! ¡No me des la muerte! Quédate, sin embargo, quédate algún tiempo

Lightborn. ¿Cómo, mi señor?

Eduardo. Siento algo que murmura en mis oídos y me dice que si me duermo no me volveré á despertar. Hé aquí la idea que me hace temblar así; pero dime, ¿por qué, para qué has venido?

Lightborn. ¡Acabemos de una vez! ¡Para arrancarte la vida! Aquí, Matrevis, aquí!

Eduardo. Estoy demasiado enfermo y débil para oponer resistencia. Ampárame, Dios mio, y recibe mi alma! (1).

Semejante trozo basta para juzgar de cómo sabia Marlowe hacer uso de los resortes dramáticos é impresionar á su auditorio. En la rica coleccion de dramas modernos cuyo desenlace se verifica por la muerte del protagonista, no recuerdo ninguna escena final tan tristemente emocionadora (2). Más trágicas, más inspiradas situaciones puede haberlas quizás, pero nó donde con mayor talento se pinte una agonía desesperante, en un sér debilitado y enfermizo como el Rey Eduardo, que lucha en momentos solemnes con la duda terrible de su muerte, enfrente de un asesino hipócrita y cobarde, que desea adormecerlo con placer de tigre, y al cabo, desesperado porque no puede vencer la voz instintiva de la Naturaleza que anuncia á la víctima su próximo fin, lo desengaña de un golpe llamando al feroz ejecutor del infame crimen. «Un hombre que podia escribir y sentir así la tragedia— exclama el ilustre Villemain—existia ya cuando Shakeaspeare vino á

(1) Compárese esta escena con la de la muerte de Clarence en *Ricardo III* donde desplegó Shakespeare la fuerza de su génio. La escena referida es demasiado larga para citada aquí, pero prueba junto á la de *Eduardo II*, que acaba de leerse, que la misma musa inspiraba á todos los autores ingleses de aquella época. Las situaciones de *Clarence* y *Eduard* son parecidas, aunque su desarrollo difiera. En Shakespeare es uno de los trozos más desgarradores desde que principia con estas palabras:

Clar. Where art thou keeper? give me a cup of wine.

Second Murder. You shall have wine enough, my lord, anon.

Clar. In God's name, what art thou?

Sec. Murd. A man, as you are.

Clar. But not as, I am, royal

Sec. Murd. Nor you, as we are, loyal.

.....

[Act I. Scene IV.]

(2) Carlos Lamb asegura más: «the death-scene of Marlowe's king moves pity and terror beyond any scene ancient or modern with which I am acquainted.» *Specimens of Dramatic Poets.* etc.

Lóndres.» Un hombre, hay que añadir con Tomás Campbel, que sin su temprana muerte hubiera sido digno rival del propio Shakeaspeare.

Fácilmente se concibe, conociendo el carácter y estilo de Marlowe, que la leyenda de *Fausto*—que comenzó en su época á popularizarse en Inglaterra—había de influir no poco sobre su imaginación. Su ardor desenfrenado por salir de los límites de las facultades humanas, sus apetitos sensuales, su ambición inmensa, sus caprichos de histérico, el desequilibrio, en fin, entre sus deseos y su insuficiencia, los encontró dibujados en el protagonista de aquella leyenda, carácter lleno de sus propios sentimientos. El *Fausto* de la leyenda alemana del siglo xvi, fué efectivamente una especie de Marlowe con ribetes de taumaturgo y sin el valor personal y el talento del compatriota y contemporáneo de Shakeaspeare. Marlowe podría asegurarse que hubiera firmado también, sin vacilar, el pacto diabólico que dió á Fausto el goce de tanto poder y tan variados placeres sobre la tierra, á cambio de una condenación del alma, pacto cuyo recuerdo infundía terror en las sencillas gentes del pueblo de la Edad Media y de los tumultuosos años del siglo xvi, fértiles en supersticiones y fanatismos religiosos.

Tener inspiración de poeta, sentir bajo la frente latir el génio junto á su inseparable compañera, la creencia, fundada ó ridícula, de una superioridad sobre los demás hombres; sentir, la sangre de la juventud que bulle en las venás clamando á gritos sus derechos; contemplar la opulencia, el lujo, la vanidad, las locas alegrías de la vida, prodigando sus goces á otros más felices, pero ménos dignos de serlo; escuchar el ruido de las orgías de los grandes señores, el choque de sus copas de oro, adivinar el beso de sus queridas, la humilde mansedumbre de sus criados, y no poderlos seguir sino de léjos, oculto en la sombra de la calle y amenazándolos con el puño, lívido de envidia el semblante; y volver á la taberna, entre la canalla soez ó el compañero pobre y en vez de las damas perfumadas del salón aristocrático, elegantes, seductoras, inteligentes, encontrar la súa mujer del pueblo, ó el amor borrascoso cuanto grosero de la prostituta; y ahogar la vanidad traidora que

lucha por cubrirse de vestidos de seda con adornos de pedrería para conformarse con míseros andrajos; y tener la conciencia del propio mérito, la dignidad del talento, su legítimo orgullo, y verse despreciado por la turba salvaje que aplaude las producciones del mismo á quien llama poeta despreciativamente; sentir todo este conjunto de aspiraciones sin realidad posible, de pasiones sin desahogo, de privaciones sin recompensa, cuando en el fondo del alma se cree injusto semejante destino, debe ser, sin duda, la más horrible y desesperadora de las torturas morales. Sufriala Marlowe, espíritu cultivado, en medio de sus extrañas violencias, hombre que de fijo se creía más digno y tal vez lo fuera, que los cortesanos de su tiempo. Y lógicamente debía invadirlo el pesimismo revolucionario que se manifiesta en sus obras, el escepticismo cruel de sus horas de ateísmo, cuando renegaba enfurecido de todas las creencias humanas. Así eran también sus otros compañeros, los que con él fundaban la escena inglesa, como él pobres, como él revolucionarios, como él ambiciosos. ¿Hay algo de extraño en que seres de tal naturaleza acogieran con júbilo la leyenda de Fausto? ¿Puede nadie dudar que Marlowe encontrara en este libro un eco de sus propios pensamientos? Fausto del mismo modo fué un descontento de su suerte, un ambicioso para quien el saber era poco, poca la gloria, insoportable la debilidad del hombre. Quería riquezas, placeres, la realización de todos sus sueños de extraviado. Los confines de la tierra parecían estrechos á su fantasía, y se vendió á Satanás para el cumplimiento de sus ilusiones. ¿Y á cambio de qué? A cambio del alma, es decir, de una quimera. El diablo podía conocer el alma; pero Fausto ¿qué sabía de eso? Los negocios de la tierra eran los únicos que le importaban; ser un Rey,—más poderoso que todos los Reyes conocidos; subyugar á sus órdenes, no ya los hombres, sino la Naturaleza entera. Amar, desafortunadamente, y ser correspondido de igual manera, y después, cuando viniese la muerte importuna, aprovechar hasta el último instante de la vida con la copa del placer entre los labios. Marlowe, hubiera hecho lo mismo. Hubiera deseado también, aplastar á sus rivales y enemigos; dominar á la humanidad con una fuerza más poderosa que la de las débiles y frágiles leyes acatadas por las naciones, y satisfacer hasta el último de sus caprichos de beodo.

Su escepticismo no era el tranquilo de un pesimista moderno; porque la vida no hubiera sido tan mala para Marlowe, entre la disipacion y las riquezas. El habria rivalizado con *Tamburlaine* en la grandeza del valor, con *Barabás* en el odio, con *Fausto* en la ambicion sin tregua. No fué al cabo más que un hombre de existencia corrompida, y un escritor notable; pero leyendo el mejor de sus dramas, aquel que tituló *La Trágica Historia del Doctor Fausto*, se comprende su carácter, y porque esta obra sigue más de cerca la leyenda alemana del siglo xvi, y tiene un fondo más real y humano que el poema de Goethe.

Kahlert ha dicho: «cada hombre lleva en sí mismo un Fausto y un Don Juan». Marlowe—que en realidad tenía más instintos de Leporello que del gallardo burlador pintado por Tirso de Molina—era un Fausto en toda la plenitud de sus pasiones. Pero no un Fausto metafísico y á la moderna: sino el tipo verdadero del descontento de la vida y sediento de goces superiores á los que estaban á su alcance, como lo fué el raro y misterioso personaje de la popular leyenda. Un hombre, en fin, si es cierta la frase de Kahlert, pero un hombre más franco, más atrevido, ménos ocultador de sus debilidades que los otros y en quien la inspiracion del poeta no apagó los exaltados apetitos de la naturaleza; y para quien los valladares de la sociedad eran débiles obstáculos. No tuvo Mefistófeles, ni firmó pactos, ni realizó ambiciones. Murió cubierto de vergüenza y sufriendo los tormentos de toda su vida: celos, rabia, orgullo, porque estimándose digno del amor de una princesa, se veia olvidado por un galopin en los favores fáciles de una criada. Combatiendo en contra de su destino pereció en la lucha asquerosa. Con el mismo valor hubiera perecido en los campos de batalla combatiendo por la gloria ó recostado en su silla de Ministro atendiendo á los negocios del Estado, ya que el temple de su alma era finísimo y podia servir para ambas situaciones; pero murió tan indignamente porque nació *bohemio* del siglo xvi y nó heredero de títulos y tesoros. ¡Quien sabe si así no estaba mejor dispuesto! Sin duda que más vale haber sido un Marlowe amante de una fregona, pero precursor y rival de Shakespeare, que un Conde de Essex, favorito turbulento y desgraciado de la Reina de Inglaterra!

Antes de entrar en el exámen de *La Trágica historia del Doctor Fausto*, preciso será decir algo, siquiera de pasada y á la ligera, sobre el extraño personaje de la leyenda y sus diversas transformaciones hasta el siglo xvi. Asunto ha sido muy tratado ya; pero que se presta, no obstante, á nuevas consideraciones (1).

En honor de la verdad no encuentro relacion entre *El Milagro de Teófilo*—conseja religiosa en que se dice hubo de inspirarse Calderon para escribir *El Mágico Prodigioso*—y la leyenda de *Fausto*; así como tampoco hallo relacion ninguna entre este drama y el célebre poema de Goëthe, digan cuanto quieran Rosenkranz y sus demás continuadores, ni creo que Calderon se pueda comparar aquí con Goëthe sin cometer una profanacion artística, como asienta el sábio Menendez y Pelayo (2).

El protagonista del *Milagro de Teófilo* es un *vice-dominus* destituido de la Iglesia de Adana en la Traquea, que para recobrar su puesto pacta con el Diablo entregarle el alma, pacto del que se arrepiente más tarde y de cuyo cumplimiento lo salva la Vírgen por intervencion extraordinaria. Un discípulo del mismo Teófilo, Eustiquiano; fué el primero que escribió la aventura allá por el año 538 de Cristo. Tradujo su trabajo del griego al latin Pablo, diácono de Nápoles, y la historia siguió despues corriendo por libros devotos como el de las Vidas de Santos recogidas por el incansable hagiólogo Simon el Metafrasto. En el siglo x la famosa Roswita, monja que en la soledad de su monasterio de Sajonia conservó la tradicion del drama antiguo, compuso un poema latino á la memoria de Teófilo, que se imprimió en la edicion de obras de la autora hecha en Nuremberg el año 1707. Posteriormente á Roswita siguió explotándose la leyenda,

(1) Sin mencionar otros trabajos que se refieren á Fausto, recuerdo haber leído hace tiempo en la *Revue des Deux Mondes* un artículo sobre la leyenda suscrito por Arvède Barine, si no me engaña la memoria.

(2) En realidad Calderon se inspiró en la leyenda de San Cipriano, de donde sacó tambien Milman su *Mártir de Antioquía*. El Sr. Sanchez Moguel, en un estudio comparativo del *Fausto* de Goethe y *El Mágico*, probó la escasa relacion que existe entre ambas obras.

ya en los versos de Marbode, Obispo de Rennes en el siglo xi; ya en las rimas francesas del xiii de Gautier de Coinsi; ya recitada en las iglesias y adoptada por varios escritores, como Vicente de Beauvois, hasta que al cabo fué acogida en el teatro y puesta en escena por Rutebeuf, uno de los grandes troveras del último siglo mencionado. Esa historia, pues, tan popular en la Edad Media que fué citada por San Bernardo, San Buenaventura y Alberto el Grande, y que en España formó uno de los *Miraclos de la Virgen* rimados por Berceo y una de las *Cántigas* del sábio Don Alfonso, pasó al arte dramático que se encargó de divulgarla más todavía. La escultura y la pintura también la aceptaron y las catedrales de la Edad Media, *Nuestra Señora de París* entre ellas, la contienen en relieves ó la conservan en los colores originales de sus vidrios (1). Pero ¿qué tiene en realidad el *Milagro de Teófilo* de común con la leyenda de Fausto? Solamente la idea del pacto diabólico, que fué por otra parte muy popular en la Edad Media, cuando se imaginaba á la Virgen y juntó á ella toda la Corte Celestial, como una especie de legion santa dedicada á la reconquista de almas seducidas por el demonio. La misma diferencia existe

(1) La leyenda de Teófilo ha sido impresa y analizada varias veces en sus diferentes versiones. La relacion de Eustiquiano se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de París; pero la resumieron Lambeck y también Fabricius en la *Bibliotheca Græca*, de inapreciable valor para estos estudios. El título de la edicion de Roswita, donde se halla su poema sobre Teófilo, es el siguiente: *Opera Hrosvite illustris virginis et monialis Germane gente saxonica orte nuper a Conrado Celte inventa..... Nuremberg 1707 Infólio* (V. MONMERQUÉ Y MICHEL: *Theatre Français au Moyen age, París, Didot, MDCCLXII*). De Roswita véase también la xraduccion de su teatro al francés por M. Magnin, con una sábia noticia sobre la autora. Así mismo VILLEMMAIN, *Literatura en la Edad Media*; PIRKENHAMMER, *Vida de Roswita*; SAINT MARC GIRARDIN. *Estudios Literarios* y PHILARÉTE CHASLES, que aprovechó los anteriores en sus deleitosos *Estudios sobre los primeros tiempos del cristianismo y sobre la Edad Media*. Volviendo á Teófilo, Dominique Maillet, ha hecho el análisis del cuento de Gautier de Coinsi en su razonado catálogo de la Biblioteca Pública de Rennes [1837] y M. Jubinal ha publicado íntegro el referido cuento en 1842, junto al *Milagro de Teófilo* por Rutebeuf. La obra del último ha sido también analizada por *Le Grand d' Aussy: Fabliaux ou Contes du XIIe et du XIIIe siecles*, París 1779. La mejor edicion es la de Monmerqué y Michel, *op. cit.*

entre la propia conseja y *El Mágico Prodigioso*, porque cuesta mucho trabajo, en verdad, reconocer á Teófilo en la encarnadura de Cipriano, el protagonista de Calderon, especie de caballero español del siglo xvii, como todos los héroes del admirable dramaturgo; y más aún, ver el diablo horrible y repugnante de los antiguos misterios en el diablillo al uso de las comedias españolas, que se ostenta en *El Mágico*, pendenciero, hablador, sofista, ántes con aires de graduado por Salamanca que de agente del Infierno.

Ni en la forma, ni aún en la esencia se parece la leyenda de Teófilo á la de Fausto, toda vez que carece la primera de la belleza filosófica, de la profundidad extraordinaria que encierra el cuento alemán del siglo xvi aprovechado por Marlowe y Goethe. Teófilo es sencillamente un sacerdote descontento de las órdenes superiores de su Obispo, un revolucionario contra las leyes canónicas, en suma, pero no la figura simbólica del sábio á quien la ciencia no ha podido brindar ni el goce del saber ni la juventud perdida, y que se entrega á Satanás buscando el amor y los placeres. Lances dramáticos, intencion crítica, se encuentran ya en la leyenda de Fausto. El mismo Goethe apenas hubo de añadirle nada fuera del episodio de Margarita. Todo lo demás lo amplió únicamente, porque cuantos trozos notables se recuerdan en su obra, desde las escenas de Auerbach en el primer *Fausto* hasta la aparición de Helena en el segundo, estaban hechos. Goethe, que no fué sino un génio constructor con los materiales que encontraba en los libros y en la vida, fabricó así su composición más notable, á retazos, y añadiéndole ideas misteriosas de un pretendido y peculiar sistema de filosofía.

No están de acuerdo en lo general los eruditos sobre quién fué, si existió realmente, la persona de Fausto y hasta alguno—equivocado como pasa de sabido—lo ha supuesto el Juan Fausto, compañero de Gutenberg en los primeros trabajos de la imprenta. Pero se cree que fué un traumagurgo que andaba, como relatan las páginas de su leyenda, acompañado de un tal Wagner, criado suyo y como él entregado á la magia, hasta que al fin imaginó el pueblo que ya en cumplimiento de un pacto, ya por castigo de sus herejías, Lucifer dió buena cuenta de su alma despues de haberlo asesinado.

Eran aquellos años de los siglos xv y xvi fértiles en historias semejantes, por ser grande el desconcierto de los espíritus cuando la superstición se arraigaba con fuerza indomable en el pueblo, y el escepticismo por una parte, el anhelo de investigación por otro, y las primeras palpitaciones de la Reforma, sembraban el desorden intelectual y moral, junto á la falta absoluta de sólidos y verdaderos principios. La magia era estudiada como ciencia. Nombres ilustres registra la historia entregados entónces á ella. Paracelso—el célebre Paracelso que en busca de lo sobrenatural encontró, Colón del espíritu humano, la ciencia verdadera—pertenece al siglo xv. Cornelio Agrippa—sábido que pasó como Fausto, por nigromántico en la creencia de las gentes; —Van Helmont, y otros muchos que se encontrarán en los anales de aquel tiempo, prueban á cuanto llegó entónces la influencia de la magia, alimentada por la escasez de rudimentos científicos. El siglo xvi fué modelo en este sentido. La Iglesia, descargó en él, como en los anteriores, su furia ortodoxa sobre los pretendidos hechiceros y brujas, sancionando de tal modo, al darles crédito, las suposiciones de la existencia de un mundo sobrenatural. Fausto no es, por consecuencia, sino uno de tantos tipos agigantados por la tradición en tiempos de exaltadas imaginaciones. Hoy, para algunos, fué otro Agrippa, otro sábido calumniado de pacto diabólico y hasta se supone que estudió en Salamanca, según atestiguan documentos más ó ménos verídicos (1). Pero lo que en realidad parece más averiguado es que el tal Fausto

(1) «La Química se cultivó por los árabes; y por los españoles en tiempo de los Reyes Católicos. Nadie ignora que los alemanes hoy día son excelentes químicos: ¿y qué me diría Mr. Otto si yo le dixera que los españoles fuimos sus maestros en el mismo tiempo que dice que éramos poco ménos que bárbaros? Sírvase leer la Historia literaria de Brandemburgo, escrita por Mohsen, y verá que entre los que vinieron á estudiarla en España, nombra al Doctor Fausto, que estudió en Salamanca.» *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el Mar Oceano en el siglo XV y principios del XVI. En respuesta á la memoria de Mr. Otto sobre el verdadero descubridor de América por D. Christobal CLADERA, etc. Madrid MXDCCXCIV. ps.166 y 167.* Como andan tan confusas las noticias del Fausto mágico con las del Fausto impresor, tal vez sea al último á quien Cladera se refiere.

fué un tunante con mezcla de bobo que explotaba la credulidad del vulgo en Alemania.

Bajo este aspecto lo vemos en la más antigua mención que de él se hace, la del abate Tritemio quien afirma haberlo conocido el mes de Mayo de 1506 en Gelnhausen, usando el nombre de *Magister Georgius Sabellicus* en cierta tarjeta donde se daba, además, por mago y quiromántico, añadiéndose el apelativo de *Faustus junior*, lo que dá márgen á presumir la existencia de otro anterior del cual no se tienen noticias. Tritemio asegura también, que Fausto alardeaba de memoria tan prodigiosa, que si todos los ejemplares de Platon y Aristóteles se quemaran, él se comprometía á escribir otros exactamente iguales. En 1513, Conrado Mudt, amigo de Melancthon, habla también de un loco, ó explotador del vulgo, con iguales pretensiones de mago y por añadidura, de *semi-dios*. Se llamaba éste *Georgius Faustus Hemitheus* y se añadía *de Heidelberg*. Probablemente era el mismo de Tritemio. Después, hasta 1525 no volvemos á encontrar trazas de Fausto. En este año aparece escrita en una vieja crónica de Leipzig la conseja del Doctor Fausto que salió de la bodega de Auerbach por los aires cabalgando en un tonel y brindando vino á los alegres estudiantes. El hecho fué conservado en dos pinturas que habia sobre las paredes de la misma bodega, una de cuyas pinturas se dice que hirió la imaginación de Goëthe, y claramente se notan las huellas de semejante episodio de la leyenda, en el conocido pasaje del poema que pinta las fechorías de Mefistófeles en el propio punto de Auerbach. En 1562 apareció un volúmen, escrito por Juan Manlio, relatando conversaciones del ya citado célebre amigo de Lutero, Melancthon, y cuenta que el último decia haber conocido un hombre llamado *Faustus* en los alrededores de la pequeña ciudad de Knütlingen, pueblo fronterizo de Wurtemberg.

Cuando estudiaba Fausto en Krakow, añade Melancthon, aprendió la magia, que era de uso activo allí, donde se daban lecciones públicas sobre el arte. Después de esto vagamundeó por otros lugares hablando de las cosas secretas de su ciencia. Queriendo llamar la atención en Venecia aseguró que podría volar. El Diabolo lo elevó entonces á una altura, pero de allí lo dejó caer y estuvo á punto de morir á consecuencias del batacazo. No hace muchos años que este Juan Fausto

entró á reposar en su último dia, turbado grandemente, en una posada de Wurtemberg. El posadero le preguntó, por qué estaba tan descontento y triste, cuando siempre habia sido de un carácter bravo y más de una vez estuvo próximo á la muerte por sus enredos de amoríos. Fausto respondió únicamente al posadero: «no os asustéis esta noche.» A media noche, con efecto, la casa fué sacudida con gran violencia. Como Fausto no saliera á la mañana siguiente, el posadero, así que fueron las nueve, entró en el cuarto de su huésped y se lo encontró tendido al lado de la cama con la cabeza retorcida. De este modo lo mató el diablo, quien lo acompañaba siempre por todas partes en la forma de un perro (1).

Fausto siguió de tal manera haciéndose un personaje popularísimo en Alemania. Los detalles de su historia iban agrandándose cada dia más y más, hasta que llegaron á tomar carácter político y religioso, sirviendo lo mismo para atacar la escuela teológica de Wurtemberg, que como arma de la Reforma en contra del Papado. En los alrededores la última ciudad mencionada, fué donde se decia que concluyó las bases de su pacto con Satanás. Despues, se le pintó enamorado de la griega Helena, y burlándose del Papa y sus Cardenales y ejecutando prodigios de magia en la propia Corte del Emperador. Por último, habiendo pasado por algunas alternativas de infructuoso arrepentimiento, se le pintó moribundo y descendiendo eternamente á los infiernos. En 1563, el libro aquel valiente y generoso de Wier, combatiendo—apesar de los inmensos errores que admitia, debidos á su época—por la disminucion de las persecuciones contra las hechiceras, hablaba de Fausto contando nuevas anécdotas de su existencia. Y en 1585 se publicó otro libro aleman—inspirado en el mismo espíritu que el de Wier—donde su autor Agustin L. Lercheimer, relatava tambien otros sucesos de la vida de Fausto. Pronto la poesía popular

(1) Nótese que tambien se atribuyó á Cornelio Agrippa el que siempre le acompañara el demonio en figura de perro. Garinet relata que el célebre filósofo en su lecho de muerte fué atacado por el mismo perro que lo acompañaba, y que despues de arrancárselo del cuello, á duras penas, exclamó que habia sido la causa de su perdicion. Cit. por LECKY: *History of the rise and influence of the spirit of Rationalism in Europe*. Ed, New York, 1886, p. 109. n.

se posesionó de la extraña historia. Baladas y romances varios se escribieron sobre el asunto, y como el público las aceptaba con regocijo, el teatro explotó con éxito la inverosímil leyenda.

El drama de títeres que alcanzó popularidad inmensa es uno de los curiosos monumentos que nos ha legado aquella época. Este drama, no tan sólo hubo también de llamar la atención de Goethe, sino que inspiró á Lessing la idea de llevar al teatro moderno la leyenda, idea que por desgracia no pudo realizar el dramaturgo insigne. Permítaseme citar una escena del referido drama de títeres, la última, porque hemos de ver más adelante el talento maestro con que Marlowe desenlazó de un modo parecido su obra notable. Aunque no resiste la comparacion con la escena del poeta inglés, ni aún siquiera con el trozo dejado por Lessing, revela en su autor una pluma experta en el manejo de los efectos escénicos.

FAUSTE, SOLO.

Una voz en las alturas.—Prepara te ad mortem.

Fausto.—¿El hombre no debe estar siempre dispuesto para la hora de la muerte? Soy víctima, quizás, de una ilusion. Las tinieblas de mi conciencia me ciegan. Hace ya mucho tiempo que sufro este martirio (*Dan las diez y Fausto cuenta los golpes*) Diez. Ha pasado una hora más; una hora más de tormentos y, sin embargo, ha pasado muy de prisa!

La voz de las alturas.—*Fauste, Fauste, accusatus es!*

Fausto.—¡Maldicion! ¡Ya no hay duda! Nó, no era una ilusion. ¿Qué hacer? ¿A dónde huir?

*Quid sum miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus?*

¿Si yo rezara? Probemos. (*Se arrodilla ante una imágen de la Virgen*) ¡Maldicion! Su fisonomía se transforma en la de Helena! El deseo no realizado envenena los más piadosos sentimientos. Esta es tu última estratagema ¡oh Satanás! No me has permitido apurar los placeres terrestres, temiendo que mi alma hastiada se volviera en busca de los goces divinos! ¿No habrá ya perdon?

La voz de las alturas.—Has renegado de Dios: estás eternamente perdido (*Fausto cae desmayado. Al poco tiempo entra Mefistófeles*).

Fausto.—La última ancla se ha roto. Ya no tengo camino. Voy á comparecer ante el Juez ¿Pero estaré ya condenado sin remedio?

¿No podré abrigar esperanzas de absolucion? (*Dan las once.*) Las once, he contado bien.

La voz de las alturas.—*Fauste, Fauste, judicatus es!*

Fausto.—¡Ay! Mi destino es el Infierno! Una hora más y la sentencia tremenda habrá comenzado á cumplirse. Pero ¿acaso lo que yo siento en este instante no es mil veces más terrible que todos los tormentos del Infierno? Quiero libertarme de la duda. ¡Escucha Mefistófeles!

Mefistófeles.—¿Qué deseas?

Fausto.—Dime la verdad: todavía tienes que obedecerme.

Mefistófeles.—¿Qué quieres saber?

Fausto.—Sufro horriblemente. ¿Puedo sufrir más en el Infierno?

Mefistófeles.—Ya lo sabrás muy pronto. Pero puesto que me lo preguntas, óyeme. Los sufrimientos de los condenados son tales, que las infelices almas subirían al cielo en la escala que se podría hacer con sus lágrimas, si conservaran alguna esperanza.

(*Fausto se cubre los ojos con las manos.*)

FAUSTO SOLO.—ENSEGUIDA LOS DIABLOS.

Fausto.—¡Estoy juzgado! ¡Juzgado! ¡Es decir, condenado! ¿Pero cuál será la pena? ¿Si no fuera más que el Purgatorio, Dios mio? Esperanza terrible, pero al fin una esperanza. . . . (*Dan las doce.*)

La voz de las alturas.—*Fauste, Fauste, in æternum damnatus es!*

Fausto.—¡Me siento aniquilado! Aniquilado! ¡Ojalá pudiera serlo! (*Cae. Los diablos se lo llevan entre una lluvia de fuego*) (1).

En el anterior trozo se reflejan, como en clarísimo espejo, las creencias en lo sobrenatural de aquellos siglos xv y xvi, tan fecundos para el estudio de la historia del espíritu humano. Fausto es, además, de un personaje popular de dicha época—y digno de observacion ya por este concepto sólo—la encarnacion de los sentimientos que agitaban entónces á los hombres de Europa. Su fé ciega en la mágia, armado de cuyo poder se revolucionaba en contra de las leyes de la Naturaleza; su ambicion desmedida de deleites y tesoros, sus mismas vacilaciones, arrepintiéndose á cada paso y volviendo de nuevo á incurrir en la falta, porque Satán «no le dejaba apurar completamente los placeres terrenales, para que su alma hastiada no se volviera en

(1) V. *Le docteur Jean Faust, pièce de marionnetes en quatre actes, restitué par K. Simrock; Francfort-sur-le-Mein, 1846, citado por A. BOSERT: Cours de littérature allemande fait à la Sorbone-Goethe et Schiller. París, 1873, p. 385.*

busca de los goces divinos»; todos los rasgos, en fin, que constituyen su carácter, eran los rasgos del carácter general de su época. Ciertamente es que el hombre, en sustancia, tiene hoy los mismos sentimientos; que el deseo de poder y sabiduría, la ambición, las imposiciones de lo que llaman los teólogos la carne, son siempre las mismas; pero entonces se manifestaban con más simplicidad que ahora, porque fué una época aquella en que los principios que constituyen la gloria del mundo moderno bullían revueltos y embrionarios, luchando por romper las trabas que impedían su desenvolvimiento, y, sucedió como en todos los períodos de transición, que las pasiones humanas se manifestaron con fuerza inusitada, parecidas á los sedimentos del agua que revueltos suben á la superficie. No hay época, por ejemplo, de mayores desórdenes morales, que la del crecimiento y triunfo del cristianismo, cuando los restos de la religión pagana iban fundiéndose en los moldes de la nueva doctrina. De igual manera, en los siglos xv y xvi, el desnivel intelectual y moral era inmenso, y nada de extraño tiene que todos los hombres fueran Faustos, y Fausto, por lo tanto, un producto de su tiempo.

En el otoño de 1587, apareció en la famosa feria de Franckfort, un libro titulado *la Historia del Doctor Fausto*, que alcanzó boga extraordinaria. El único ejemplar conocido hoy, se encuentra en la Biblioteca Imperial de Viena; pero entonces circuló con profusión notable. El ignorado autor de esta obra, parece haber sido un ministro de la Iglesia Reformada, que se propuso hacer propaganda religiosa en contra de la magia, atacando al propio tiempo al Papa con alusiones continuas; pero la gloria mayor á que puede aspirar hoy, es la de haber dado nacimiento al Fausto de Marlowe. Dicho libro se tradujo enseguida al inglés, y su protagonista se hizo popular también en la Gran Bretaña, circulando muy pronto una balada sobre la *Vida y Muerte del Doctor Fausto, el gran mágico*, con la aprobación de John Aylmer, Obispo de Londres (1).

(1) Hé aquí el título de la traducción inglesa del libro de Franckfort: *The History of the Damnable Life and Deserved Death of Dr. John Faustus. Newly printed and in convenient places impertinent matter amended, according to the true copy print-*

La semilla estaba echada. Al poco tiempo, el Fausto de Marlowe, impregnado de los tintes majestuosos y sombríos que resaltan en las otras obras del mismo poeta—aunque aquí estuvieran dispuestos con mayor gusto y más arte,—ocupaba la escena, emocionando al público de Londres.

El drama de Marlowe es una de aquellas obras que hay que leer para comprenderlas, y de las cuales no se puede juzgar de oídas y por un descarnado resúmen. ¡Lástima grande que nadie todavía lo haya impreso en lengua castellana! (1).

Abrese la obra,—después de un coro escrito al estilo de algunos de Shakespeare—presentándonos á Fausto en su estudio, como lo pintó la leyenda—desesperado de no encontrar en la ciencia la satisfacción de sus ambiciones. Al fin decide entregarse á la magia, que le brinda mayores atractivos y el poder extraordinario que desea; y haciendo llamar por su criado Wagner á sus dos caros amigos Valdés y Cornelio, famosos por sus conocimientos en las ciencias

ed at Franckfort, and translated into English by P. R. Gent.—4º, sin fecha ni lugar de impresion.

La relacion más conocida hoy de la leyenda de Fausto, es la suscrita por Widmann, impresa por primera vez en Hamburgo, 1593. Palma Cayet la tradujo al francés, divulgándola por toda Europa. *Histoire prodigieuse du docteur Faustus, le magicien, ou l'on voit comment il se donna au diable, comment il entreprit un grand nombre de choses prodigieuses, jusqu'à ce qu'il recut sa recompense; extraite en grande partie de ses propres manuscrits, et publiée pour l'effroi des impies et l'avertissement des fidèles. Paris, 1603.* He leído hace tiempo una traducción española moderna de la de Palma Cayet. Creo que no tenía nombre de traductor, ni fecha, ni lugar de impresion; pero lo que sí recuerdo positivamente, es que me pareció muy descuidada.

(1) Francisco Víctor Hugo tradujo al francés notablemente *La trágica historia del Dr. Fausto*, y precediéndola de un prólogo lleno de entusiasmo. En español nos conformaremos con la fácil y buena traducción en verso del Fausto de Goethe, por D. Teodoro Llorente, ya que no tenemos la del de Marlowe, mientras no cumpla su promesa el celebrado poeta D. José Alcalá Galiano de publicarlo en lengua castellana, como ha efectuado con varios poemas de Byron, promesa que me ha retraído del propósito de hacer yo esa traducción.

ocultas, les pide que le enseñen las palabras necesarias para evocar un espíritu infernal. No bien las aprende, las pronuncia; aparece atraído por la fuerza del conjuro, Mefistófeles y, por último, se establecen entre los dos las bases del pacto, redactado por Satanás mismo, en que Mefistófeles,—adquirida la vènia de su señor el Rey de los Infiernos,—se compromete á satisfacer todos los caprichos de Fausto, durante veinte y tres años, á cambio de su alma. Fausto no es más que un estudiante de la Universidad de Wurtemberg, con la cabeza llena de locas ambiciones. Acepta sin vacilar, y una vez firmado el documento con su sangre, comienzan los incidentes de su nueva vida (1).

Pero pronto se apodera de él la tristeza, y vacila y se arrepiente. Mefistófeles pretende disuadirlo de sus ideas, y aparecen un ángel bueno y un ángel malo, que, cada uno en consonancia con su carácter, desea también convencer á Fausto. La curiosidad constante de Fausto, se manifiesta en las palabras que dirige entónces á Mefistófeles. Decidido á no arrepentirse, y deseoso de saber lo que la ciencia humana no puede enseñarle, pretende que el maligno espíritu le conteste sobre la vida, y le explique lo que son los mundos y el secreto de sus formaciones. Al llegar aquí, el diablo tiembla. Se vé en el caso de explicar la creacion segun la Biblia, y de nombrar al Creador. Fausto lo adivina. Vacila de nuevo; quiere arrepentirse otra vez, y el propio Lucifer, acompañado de Belzebú, viene entónces á quitarle del pensamiento su nuevo vestigio de ideas religiosas. Los siete pecados capitales pasan enseguida por delante de Fausto, que los examina uno á uno. Lucifer, despues de esta revista, lo convence de que en el Infierno se conocen todos los deleites (2).

Cambia la escena, y otro coro anuncia que Faustò, deseando averiguar los secretos del firmamento, ha subido á los cielos en un carro tirado por dragones—y que ántes de entregarse por completo á la Cosmografía, baja por Roma, á fin de conocer al Papa en su Córte y tomar parte en el festin de San Pedro—«que hoy se solemniza gran-

(1) Act. I, Scenes, I, II. III.—Act. II, Scene I,

(2) Act. II, Scene, II.

demente»—*that to this day is highly solemniz'd*. Llegan efectivamente los dos héroes del drama, y despues de haber contado Fausto sus viajes por varios puntos, desde Paris hasta Venecia, Pádua y Roma, Mefistófeles le anuncia que ha tomado de antemano hospedaje para ámbos en el Palacio mismo de Su Santidad. Conocida Roma, Fausto, obedeciendo siempre á su ardiente y movible curiosidad, quiere partir, pero Mefistófeles lo disuade, y se quedan para divertirse un poco con el Papa y su Córte. Canta un soneto Mefistófeles, y aparecen el Papa, el Cardenal de Lorena y un gran acompañamiento de frailes dispuestos á gozar de opíparo banquete. Fausto y su compañero se meten entre ellos, invisibles, y comienzan á sembrar el desórden, llevándose los platos que sirve el Papa al Cardenal, de manjares regalados por el Obispo de Milan y el Cardenal de Florencia, y bebiéndose el vino con que pretenden brindar. «Alguna ánima últimamente sacada del Purgatorio, dice el de Lorena al Papa, será la causante de estos desórdenes, porque venga á implorar el perdon de Su Santidad.»—«Puede que así sea, contesta el Papa. Frailes, preparad un responso para aplacar la fúria de esa alma » (1). El Papa se persigna tres veces, y Fausto le dice que no emplee más semejante trampa (2). Por último, le da una palmada en un oido, y todos salen corriendo, dejando á Fausto y Mefistófeles muy divertidos del suceso. Pero al poco tiempo aparecen los frailes cantando el responso. Mefistófeles y Fausto, les pegan, los envuelven en fuego, y se van, dejándolos en confusion extraordinaria.

El coro anuncia al comienzo del acto iv, que Fausto, despues de haber visto con placer cosas extraordinarias, y varias Córtes de Reyes, detuvo sus peregrinaciones y volvió á su casa, donde fué bondadosa-

(1) *C. of Lor.* My lord it may be some ghost, newly crept out of Purgatory, come to beg a pardon of your Holiness.

Pope. It may be so. Friars, prepare a dirge to lay the fury of this ghost.

(Act. III, Scene I.)

(2) What, are you crossing of yourself?

Well, use that trick no more, I would advise you,

mente recibido de sus amigos, y dió tan altas pruebas de sabiduría, que los ecos de su fama llenaron la Europa entera, y el propio emperador Cárlos V lo llamó á su lado, festejándolo entre los caballeros de la nobleza. «Lo que allí hizo—en prueba de su arte—exclama el coro—no lo diré: vuestros ojos lo verán representado.»

*What there he did in trial of his art,
I leave untold; your eyes shall see't perform'd.*

Fausto, con efecto, favorito del Emperador, que lo admira y agasaja, ejecuta en la Córte verdaderos prodigios. A su mandato, dado por complacer á Cárlos, Alejandro el Grande y su querida, aparecen traídos del Infierno por Mefistófeles. A un caballero que manifiesta dudas del prodigio, hace que le nazcan cuernos, y por súplica del propio Emperador se los quita más tarde (1). De la misma manera complace á los Duques de Vanholt con los encantos de su mágia, satisfaciendo los caprichos de la Duquesa, que deseaba comer un plato de uvas en el mes de Enero (2).

Por último, preséntase Wagner (el criado de Fausto) y dice que su dueño y maestro parece que abriga temores de morir muy pronto, porque le ha entregado todos sus bienes. Fausto, sin embargo, se distrae en un banquete, conversando sobre ciencias y letras con sus compañeros de la Universidad de Wurtemberg. Los estudiantes convienen en que «Helena de Grecia fué la más hermosa mujer que ha vivido», y suplican á Fausto que la haga aparecer ante sus ojos. «Caballeros, contesta el aludido con énfasis de prestidigitador, porque conozco lo sincero de vuestra amistad, y es costumbre en Fausto no negarse á las justas peticiones de quienes bien lo quieren, vereis á esa sin par señora de Grecia, no con ménos majestad y pompa que cuando el Señor Paris atravesó con ella los mares y llevó la desolacion á la

(1) Act. IV, Scene III.

(2) Act. IV, Scene V.

rica Dardania» (1). Con efecto, acompañada de música, cruza Helena el escenario entre la admiración de todos, y el mismo Fausto, á su vista, se enamora de ella. Llega un anciano, personaje simbólico en que tal vez quiso representar Marlowe al Señor mismo, y echa en cara á Fausto su existencia, recordándole su próximo fin, é incitándolo al arrepentimiento. Sus palabras hacen efecto. Fausto quiere arrepentirse; pero Mefistófeles le recuerda el contrato que ha firmado. Fausto le suplica que interceda con Satanás para conseguir su rescate; pero se convence de que es inútil, y se conforma con el amor de Helena para apagar en su hermosura el fuego de los remordimientos que le abrazan el alma. Así sucede, entre las maldiciones del anciano; y un coro de diablos ocupa la escena despues de la salida del protagonista.

(2) Entra de nuevo Fausto, rodeado de los estudiantes, con quienes se lamenta de las angustias que le produce su fin próximo. Ellos le dicen que ruegue á Dios, que vuelva al cielo la vista; pero él sabe que ya es imposible (3). Los estudiantes se van, para rezar por Fausto, y principia la escena final del drama, citada siempre—como la muerte de *Eduardo II*—entre las pruebas principales del génio de Marlowe. Los gritos desesperados de Fausto, pidiendo á las movibles esferas del cielo que cesen de marcar el tiempo, y no hagan llegar nunca las doce de la noche, momento fatal en que se cumple el plazo de su vida, y conformándose despues con que la hora que falta se convierta en un año, en un mes, siquiera en una semana, en un dia,

(1) Gentlemen,
 For that I know your friendship is unfeign'd,
 And Faustus's custom is not to deny
 The just request of those that wish him well,
 You shall behold that peerless dame of Greece,
 No otherways for pomp and majesty
 Than when Sir Paris cross'd the seas with her,
 And brought the spoils to rich Dardania.

(Act. V, Scene I.)

(2) Act. V, Scene II.

(3) Act. V, Scene III.

por último, habrán de impresionar en todas épocas, por la inspiración sombría con que están escritos (1).

Sin embargo, sigue en la mayor desesperación; el tiempo pasa, y Fausto será condenado. «Yo subiría hasta mi Dios; ¿pero quién me lo impide, lanzándome al abismo? Mirad, mirad cómo la sangre de Cristo fluye en el firmamento! Una gota sola salvará mi alma: media gota, Cristo mío» (2).

Así continúa, en todo este magnífico trozo de poesía, implorando hasta á las estrellas, para que lo acojan en su seno, y envidiando á las bestias, cuya alma cree que, después de la muerte, se disuelve en los elementos, y maldiciendo la doctrina de Pitágoras, por no ser verdadera. Merecía la pena estudiar la lengua inglesa (si Shakespeare y Byron no hubieran escrito en ella) únicamente por leer el admirable final del *Fausto* de Marlowe. ¡Qué conmovedor rasgo—y qué superior á todas las palabras que anteriormente se han leído del antiguo drama de títeres—cuando, después de haber dado el reloj las once y media, suenan las doce de la noche al fin!—«¡Oh! ¡suenan! ¡suenan!—grita Fausto escuchándolo.—¡Ahora, cuerpo, vé al aire, ó Lucifer te lanzará pronto al Infierno! ¡Alma mía, conviértete en gotas pequeñas de agua, y cae en el Océano, para que no te encuentren nunca!» (3).

Pero vanos son su martirio y sus quejas. Los diablos entran

- (1) Stand still; you ever-moving spheres of heaven,
That time may cease, and midnight never come;
Fair Nature's eye, rise, rise again, and make
Perpetual day; or let this hour be but
A year, a month, a week, a natural day,
That Faustus may repent and save his soul!
- (2) The stars move still, time runs, the clock will strike
The devil will come, and Faustus must be damn'd.
O, I'll leap up to my God!—Who pulls me down?
See, see, where Christ's blood streams in the firmament!
One drop would save my soul, half a drop: ah my Christ!
- (3) O, it strikes, it strikes! Now, body, turn to air,
Or Lucifer will bear thee quick to hell!
O, soul, be chang'd into little water-drops
And fall into the ocean, ne'er be found!

para llevárselo, y Fausto dice por último: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡No me contemples con tanta fiereza! ¡Víboras y serpientes, dejadme respirar un instante! ¡Horrible infierno, no te abras! ¡No vengas, Lucifer! ¡Yo quemaré mis libros! ¡Ah, Mefistófeles!» (1).

Los diablos se llevan á Fausto, y cierra el drama el coro con unos versos, los últimos de los cuales recomiendan la caída de Fausto como un ejemplo á los prudentes, para que todos se cuiden «de no practicar más de lo que permite el poder celeste.»

To practise more than heavenly power permits (2).

JUSTO DE LARA.

(Continuará).

-
- (1) My God, my God, look not so fierce on me!
Adders and serpents, let me breathe a while!
Ugly hell, gape not! come not, Lucifer!
I'll burn my books!—Ah, Mephistophilis!

(2) He suprimido en el anterior resúmen algunas escenas burlescas en que aparecen dos tipos llamados Robin y Ralph, que con un libro de Fausto conjuran á Mefistófeles, que los persigue y hace arrepentir del conjuro. Tampoco menciono las escenas en que aparece Wagner, porque no se relacionan con el argumento principal, y han sido puestas sólo para quitar á los espectadores la impresion triste que la historia de Fausto produciría, sin esos incidentes ajenos á la misma. Como mérito, semejantes escenas no tienen ninguno.

HISTORIA DE LA ESCLAVITUD

de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países
Hispano-Americanos.

APÉNDICE-DOCUMENTOS.

*Importante exposicion de los hacendados de Matanzas al Gobernador
Capitan General, pidiendo la supresion de la trata (1).*

EXCMO. SEÑOR:

Los que suscriben, comerciantes, propietarios y hacendados del distrito comprendido en la jurisdiccion militar de Matanzas, vienen hoy impelidos de un deber sagrado, á llamar la atencion de V. E. hácia el objeto de mayor importancia para el país que S. M. la Reina N. S. (Q. D. G.) se ha servido encomendar á su solícito cuidado.—Tal es, Excmo. Sr., la introduccion de negros africanos. El uso que ince-

(1) Entre los papeles que desde la Habana remitió en 1844 el cónsul Británico al conde de Aberdeen, fueron la copia y la traduccion de un memorial escrito por D. Francisco Lamadriz firmado por 93 hacendados y propietarios de Matanzas, y hecho pedazos por el Brigadier García Oña, en 1843 por que los 93 le pedían al General O'Donnell *que dictase providencias conducentes al exterminio del tráfico ilegal*: y estos documentos los presentó Lord Aberdeen al Parlamento con otros análogos que

santemente se ha efectuado de ese ominoso contrabando, á despecho de la humanidad, de la justicia, de los más solemnes tratados de nuestra nacion, y de distintas reales órdenes de nuestros benéficos monarcas, ha acumulado sobre el territorio de esta isla una poblacion de color, cuya ascendencia llega en el dia, segun los datos estadísticos oficiales, á la excesiva totalidad de 660.000, de la que 498.000 son esclavos.—Incapaz la poblacion blanca de haber seguido una marcha en igual grado progresiva, porque tan encontrados elementos era imposible que pudieran conciliarse, como lo tiene demostrado la experiencia, ¿cuál otro pudiera ser el resultado de aquel desórden sino el estado de conflicto en que hoy nos vemos? Sí, Excmo. Sr., porque es fuerza decirselo á V. E., la isla de Cuba se halla en una posicion la más falsa y más precaria. No demanda mucha penetracion el conocer á dónde pueden llegar las consecuencias de la preponderancia de esa poblacion de color entre esclavos y libertos. Ojalá no presentara Haití tan cerca un ejemplo que horroriza, pero que no debe desatenderle nunca, para no llegar á ser la segunda edicion de semejante obra.—La raza esclava, Excmo. Sr., tiene ya una tendencia marcada á sublevarse, destellos de ella son los movimientos parciales ocurridos en este solo año en Bemba, y últimamente en el ingenio «Triunvirato» de esta jurisdiccion; y al paternal gobierno de V. E. toca oír el clamor general contra un contrabando que de continuar comprometerá más de dia en dia la existencia política de esta Antilla benemérita, engrosando el número y fortificando el poder de aquella raza.—El triunfo de la vecina Haití, la emancipacion de Jamaica y los emisarios que enviados, no solo de esas islas, sino además por personas y sociedades cuya existencia no ignora nuestro sábio gobierno, pululan en el suelo de Cuba, apesar de la asídua vigilancia y esquisito celo de nuestras autoridades, son otras

concurrían á probar lo que dejamos asentado. Por cierto que algunos de los firmantes del memorial de Lamadriz [D. Pedro Guiteras y D. Benigno Gener] expiaron su desacato en los calabozos del Morro de la Habana.—Inglaterra y Cuba—Artículo inserto en el número 6 de *La América* de Nueva York, el 15 de Julio de 1871—y reproducido en la carta de D. Carlos del Castillo al Director de *La Independencia* de Nueva York, con motivo de su artículo «La Tea y siempre la Tea».—Lóndres—1875.

tantas causas que reunidas dan pábulo continuo á aquella tendencia peligrosa. Otra nueva dan de emisario más terrible todavía, como que hará parte de las mismas dotaciones de las fincas, será la que vendrá á nuestro seno en las futuras importaciones de africanos.

Una mision de ingleses viaja por aquel continente salvaje, llevando á su cabeza á uno de los más acérrimos abolicionistas, y el fruto de sus esfuerzos es indudable que pretenderán alcanzarlo aquí por medio de los que hayan aleccionado allá. Y esta y no otra es, Excmo. Sr., la causa de haberse encontrado en las últimas expediciones gran número de negros familiarizados con la lengua de la poderosa Albion.—Tiempo es ya, Excmo. Sr., que desaparezca de entre nosotros ese contrabando, escarnio de nuestra civilizacion, horrenda sima donde se sepultan todas nuestras esperanzas de seguridad y bienestar futuro, hidra que espanta á los capitalistas que vinieran á establecerse en nuestro suelo, y arroja de él con sus fortunas á los que aquí las han adquirido para colocarlas donde gozarlas puedan sin sustos ni zozobras. A V. E. está reservada, Excmo. Sr., tan alta gloria. V. E. cimentará sólidamente la dicha y tranquilidad de Cuba y V. E. asegurará para siempre á la corona de Castilla su más preciosa joya persiguiendo con teson el tráfico clandestino de negros africanos hasta conseguir su exterminio total y verdadero.—Pero al mismo tiempo los campos de la isla y principalmente los del territorio jurisdiccional de Matanzas, ocupado por mucho más de 60.000 esclavos, reclaman de la paternal solicitud de V. E. una medida de amparo y seguridad: una medida que no solo sirva de antemural donde se estrellen las intentonas de aquellos, sino que les presente á todas horas á la vista la más prolija vigilancia para quitarles la ocasion de acometerlas; porque efectuando un alzamiento el mal es cierto y seguro, Excmo. Sr. En el exterminio de los delincuentes va el exterminio de una parte harto constituyente de nuestras propiedades. Sofocados fueron en su cuna los movimientos de Bemba y el Triunvirato; sin embargo, la muerte de 300 negros ha menguado en gran manera la fortuna de beneméritos propietarios, y, lo que es más, las inocentes víctimas inmoladas por la barbarie de aquellos desesperados salvajes, claman desde la tumba porque se impida la repeticion de escenas tan horrorosas y sangrientas. Empero, Ex-

celentísimo Sr., ninguna medida será completamente eficaz mientras continúe por medio del contrabando robusteciéndose y recibiendo nuevos estímulos y alicientes la raza esclavizada. Dado caso que el total de la que hoy existe no sea bastante á triunfar en una lucha siempre aciaga y fatal para nosotros ¿quién se sentirá capaz de fijar el número que pueda serlo, máxime cuando es de hecho imposible atender simultáneamente al aumento de la poblacion blanca?—Los exponentes, al dirigirse á un jefe celoso é ilustrado, han creido de su deber hablar el franco lenguaje de la verdad en la manifestacion de los hechos y razones: muchas, es cierto, han pasado por alto, porque son demasiadas las que apoyan una cuestion en que se versan nada ménos que los intereses materiales y las vidas de los fieles vasallos de S. M. confiados á su inmediata proteccion; pero están seguros de que todas se presentarán claras en la mente ilustrada de V. E.—Hubieran considerado tambien económicamente la materia, si resuelta ya bajo este aspecto de un modo favorable no se presentara como principalísima, como muy superior á todas sin disputa, la de la existencia política del país. Por tanto.—A V. E. suplican respetuosamente, que acogiendo con agrado lo expuesto en esta representacion, como el clamor sentido y justo de la poblacion cubana, se sirva, en armonía y exacta observancia de las superiores disposiciones vigentes sobre la materia, dictar cuantas medidas juzgue en su alta discrecion oportunas al fin de exterminar el tráfico clandestino de negros africanos, proveyendo al mismo tiempo á la seguridad de los desamparados campos de la isla. Matanzas, 29 de Noviembre de 1843.—Excmo. Sr.—Francisco de la O García.—Juan Bautista Coffigny.—Domingo de Aldama.—José M. de Lasa.—José Gener.—Agustin de Ibarra.—Manuel del Portillo.—José Francisco de Lamadriz.—Pedro J. Guiteras.—Juan Cruz.—Benigno Gener.—José M^a Mora.—Guillermo L. Jenkis.—Anastasio Hernandez.—G. Kobbé.—Vidal Junco.—Gonzalo Morejon.—Mariano del Portillo.—Isidoro Hernandez.—Juan de Acosta.—Cándido Francisco Ruiz—Justo de Lamar.—José V. Betancourt.—Bernabé del Portillo.—Juan J. Naranjo.—Félix de Acosta.—Esteban Junco.—Victor P. de la Reguera.—Joaquin Costa.—Salomé Hernandez.—C. D. Balfour.—Santiago C. Burnham.—José Padrines.—Francisco Rodriguez.—Ignacio Martinez.—

José L. Alfonso.—José M^a Galvez.—José Felipe Serpa.—José María Casal—Antonio M. Ventosinos.—Joaquin Marill.—Puig, Casas y C^a—Calixto Sorondo.—Plácido Canton.—Bernardino Miranda.—Manuel de Jáuregui.—Ramon Guiteras.—Ramon Brafau.—Ramon de Jimeno.—Francisco Aballí.—Ramon Delmonte.—Ramon de Llanos.—Benet, Urbach y C^a—Antonio de Armas.—Ramon M^a Estevez.—Pascual Buigas.—Vicente de Junco.—Pedro Oliva.—R. U. Sanchez.—Por imposibilidad de mi Sr. padre D. Francisco Hernandez y Benitez y por mí, Pedro Hernandez Morejon.—Tio y Maicas.—Andres Calves.—José Torrells.—Antonio Gibett.—Miguel Cuní.—Ignacio Camacho y Salas.—José de la Fuente.—Juan Cuní.—Day y Schewyer.—Francisco Ramos.—Antonio M^a Martinez.—Florencio Navia.—José Llorens.—José Pons.—José Cuní.—Pedro de Lamar.—Juan P. Bayley.—Manuel de J. Andux.—Pio A. Dubroig.—Antonio Blanchet.—Mas, García y C^a—José M. Prim.—José Dehogues.—Fernando Deville.—Juan Tramujas.—Abrisqueta y Bordenave.—José A. Zacaña.—Olmo hermano.—Francisco Vidal.—Buigas y hermano.—Antonio Pers.—G. F. de Aguiar.—Pablo Oliva.—Total de firmas 93. (Son 94, pues Pedro Hernandez Morejon firmó por 2.)

—

Informe sobre la promulgacion de una Ley Penal contra los traficantes de esclavos africanos (1).

GOBIERNO SUPERIOR CIVIL DE LA ISLA DE CUBA.

El Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho, en Real orden de 2 del mes de Junio último, dijo á mis antecesores lo siguiente:

«Excmo. Sr.—En el artículo 2^o del tratado concluido en 28 de

(1) El Gobierno Superior pidió informe sobre este importante asunto á las autoridades superiores, á las principales corporaciones, y á algunos individuos particulares, entre los cuales se contaba mi padre político D. Domingo de Aldama, á cuyo nombre redacté el presente.

Junio de 1835, entre S. M. C. y S. M. B. para la abolición del tráfico de esclavos, se estipuló que dos meses después del cange de las ratificaciones, se promulgaría en todos los dominios españoles, una ley penal que impusiera un castigo severo á todos los súbditos de S. M. C. que bajo cualquier pretexto tomasen parte, sea la que fuera, en el referido tráfico. Circunstancias que no son del caso recordar, han impedido al Gobierno de S. M. C. llevar á cabo esta medida, á pesar de haber reclamado su cumplimiento al Gobierno de S. M. B. en distintas ocasiones, y últimamente en nota dirigida por su Ministro en esta Córte, con fecha del 21 de marzo próximo pasado. Enterado de ella S. A. el Regente del Reino, y deseando conciliar el cumplimiento de los compromisos contraídos, con las precauciones que requiere la prosperidad de nuestras provincias de Ultramar, tuvo á bien nombrar una comisión para que manifestase con urgencia su opinión sobre el negocio indicado. Como el tratado de 1835 es una emanación del convenio de 1817, y ambas estipulaciones tienen por objeto exclusivo abolir el tráfico de esclavos, cuyos brazos contribuyen eficaz y poderosamente á sostener la agricultura, la riqueza y la prosperidad de esa isla; ha resuelto S. A., de acuerdo con el dictámen de la referida comisión, que informe V. E. sobre los puntos siguientes:

«1º Supuesta la obligación contraída por el tratado de 28 de Junio de 1835, de promulgar la ley penal que solicita el Gobierno de S. M. B., como medio para abolir el tráfico de negros, se servirá V. E. manifestar las bases de esta ley, combinada con los grandes intereses de la isla, que pueden afectarse y resentirse con el sistema penal que se adopte.

«2º—Informará V. E. igualmente sobre la conveniencia de los tribunales ordinarios ó especiales que puedan aplicar las penas, sin perder de vista los grandes intereses de la Isla.

«3º—Sobre las responsabilidades y pena de los cruceros aprehensores y jueces que perjudiquen arbitrariamente á nuestro comercio mercan-

Bien se echa de ver en el tenor de toda la comunicación del Gobierno Supremo lo que deseaba que se le contestase, y tengo entendido que éste y otros más, fueron los únicos informes dados en sentido contrario.—*José Luis Alfonso.*

te, que por sospechas infundadas, ó intereses privados, dañen ó perjudiquen á nuestro legítimo comercio.—Como el interés de la Gran Bretaña es opuesto en sus pretensiones á los intereses de nuestra isla, procederá V. E. con mucho pulso y detencion en esta materia grave, con el fin de formar el expediente que arroje el cúmulo de luces que ilustren la cuestion, para evitar los errores en que pudiera incurrir por falta de ilustracion en materia de tanta trascendencia. El expediente que se ha formado, carece en la actualidad de los datos necesarios para formular el proyecto de ley, y es necesario que informe V. E., formando previamente una junta de propietarios ilustrados y naturales de esa isla, ó peninsulares de larga residencia en ella, para que unidos á otras autoridades ó corporaciones que tambien deben informar, evacue V. E. el informe indicado, al que deberá acompañar los que dieren los propietarios, autoridades, corporaciones y demás personas aptas que crea V. E. conveniente consultar. Los informes indicados se darán por sujetos instruidos de esos intereses ultramarinos, tanto en comercio, navegacion y agricultura, como en la situacion moral y política de la isla, cuyos intereses conviene mucho respetar, para no arriesgar su tranquilidad y conservacion.—De órden de S. A. lo digo á V. E. para los objetos correspondientes.»

Cuya real resolucion comunico á V. con objeto de que, enterado de su contenido, y en cumplimiento de lo prevenido por el Gobierno en este importante y trascendental asunto, en que se versan intereses vitales para la conservacion y fomento del país, se sirva V. manifestarme detalladamente cuanto se le ofrezca y parezca, á fin de que, con la reunion de estos datos, que dirigiré á S. M., recaiga la resolucion más conveniente á los intereses y prosperidad de esta isla.

Dios guarde á V. muchos años.—Habana á 9 de Enero de 1844.

(firmado) *O' Donnell.*

A. D. Domingo de Aldama.

INFORME.—*Excmo. Sr. Gobernador Político y Capitan General de la isla de Cuba.*

EXCMO. SR. :

A consecuencia del oficio que se sirvió V. E. dirigirme con fecha 9 de Enero próximo pasado, pidiéndome informe sobre la conveniencia de promulgar una ley penal para llevar á cabo la supresion del tráfico de esclavos africanos, tengo el honor de manifestarle con toda sinceridad mis opiniones respecto á este asunto importantísimo, agradeciendo á V. E. la confianza con que me honra.

Dedicado hace veinte y ocho años á la agricultura, y habiendo logrado formar tres ingenios de grande produccion, no solo tengo alguna experiencia en estas materias, sino grandes intereses, de cuya conservacion depende mi bienestar y el porvenir de mi familia. Por estos mismos motivos, y por haber estudiado cuidadosamente la cuestion de la trata africana de muchos años atrás, estoy en la actualidad íntimamente convencido de que es en extremo perjudicial á los intereses generales de esta isla; y que por tanto, debería promulgarse la ley penal á que se refiere el oficio de V. E. aun cuando no mediase la obligacion contraida por el Gobierno de S. M. con el de S. M. B.

Hubo una época, es verdad, en que era comun opinion que el aumento de brazos africanos contribuia muy directamente al aumento de la riqueza de esta isla. El que suscribe participó tambien de esta opinion, fundada en teorías económicas y de fácil demostracion; pues es claro que mientras más brazos hubiese, más baratos habían de ser estos, y por consiguiente ménos costosa la produccion; resultando de aquí, que el hacendado podía vender sus frutos á menor precio, y aún así con grande utilidad. Tal era la opinion general en 1817, y algunos años despues: quizás entonces muy exacta. El fomento que desde esa época ha tenido el país, prueba que no había llegado tal vez el momento de poner fin á la introduccion de africanos, y que los primeros tratados se anticiparon á las exigencias de las circunstancias. Bueno es advertir que hablo mirando la cuestion bajo el aspecto mercantil y económico, y haciendo abstraccion de toda idea filosófica, que no es la de mi objeto.

Siguiendo el orden regular de los sucesos, había de llegar un día en que ya no fuera tan conveniente el aumento de brazos; y estamos si no me equivoco, en esta preciosa época.

Que no son necesarias nuevas importaciones de esclavos, se deduce del bajo precio á que se venden éstos, así como de la baratura relativa de los jornales, y de las pocas fincas nuevas que se fomentan, para las cuales bastan y aún sobran los brazos de las que se demuelen. Tampoco es probable que, en algun tiempo por lo ménos, se sienta la falta de brazos para la agricultura del país; porque las graves contribuciones que pesan particularmente sobre el hacendado, juntamente con la depreciacion de sus frutos, no le permiten reunir sobrantes con que acometer nuevas empresas agrícolas como solía: pero aún dado el caso de que mejore la condicion económica de aquél, mientras no encuentre completa seguridad para sus capitales en esta isla, los mandará más bien al extranjero, con mengua de la riqueza nacional. Por eso me atrevo á calificar no solo de innecesaria, sino de altamente perjudicial á nuestros intereses agrícolas y comerciales, cualquiera importacion de africanos que se haga bajo las presentes circunstancias.

Nadie dudará, por cierto, que esta inseguridad y continúa zozobra en que nos hallamos, proviene principalmente de ese tráfico clandestino y de sus consecuencias más inmediatas.

En el Limonar y en Trinidad acaecieron las primeras sublevaciones importantes de los esclavos: incendiaron éstos algunas hermosas fincas de aquellos distritos, y cometieron horribles asesinatos. En Bemba estalló hace un año otra erupcion espantosa de ese volcan no apagado, y todavía no está seca la sangre derramada en la Sabanilla del Encomendador. En la sublevacion de este último distrito hay que notar, no ya un acto de insubordinacion sin consecuencia, sino una sedicion premeditada y general, que da lugar á las más tristes reflexiones.

A ningun hacendado observador puede ocultársele que ya se ha relajado mucho la buena disciplina de los esclavos; que hay en éstos decidida tendencia á la insubordinacion; y que los administradores, mayoresales y demás hombres blancos, han perdido en gran parte el salubre prestigio con que antes los contenían y gobernaban.

De este estado de cosas y de tan recientes sucesos, proviene la emigracion que han hecho á los pueblos y ciudades muchas familias que habitaban los campos, aumentando así el peligro en ellos.—El valor de las propiedades territoriales ha sufrido por las propias razones considerable disminucion, lo mismo que el de los esclavos; pudiéndose asegurar que no se encuentra un comprador para ninguna finca, y sí muchos que quieran vender las que poseen, para alejar sus capitales de nuestro suelo. Estos son los primeros síntomas de un mal grave que atacará al cuerpo social y aún podrá destruirlo; pero que puede todavía evitarse con algunas medidas previsoras y acertadas, adaptables á nuestras circunstancias, y que los hacendados y vecinos siempre han esperado y aguardan de la sabiduría del Gobierno.

No se lisonjea el que suscribe de acertar con todas las causas, más ó ménos próximas, que hayan influido en el estado actual de nuestros asuntos rurales, que no debe equivocarse con el que existía cinco años ántes; pero indicará los motivos que, en su opinion, han contribuido é las presentes circunstancias. El primero de ellos es el excesivo aumento de esclavos africanos, que ya no guarda proporcion con el número de blancos, especialmente en ciertos distritos, aún tomando en cuenta la gran ventaja que dá á éstos su civilizacion. Se agrega á esta causa el grandísimo número de emancipados que en estos últimos años se han introducido; y más todavía: que á muchos de estos emancipados, despues de haber estado algnn tiempo de hecho en servidumbre, se les ha dado carta de emancipacion y el goce de la libertad.—Muy léjos está el que informa de censurar esta medida, conforme con la justicia, la humanidad, y con la buena fé que ha caracterizado siempre al nombre español; pero una medida buena en sí, puede producir malos resultados.—Los esclavos han visto salir de las fincas á otros que consideraban esclavos; han visto que se les ha puesto en el goce de su libertad; y muy repetidos estos hechos, han llegado á comprender el motivo á pesar de su natural rudeza, y á experimentar deseos de libertad, que ántes eran ménos vivos.

Y si semejantes hechos no fueran bastantes á darles á conocer que había un poder superior al de los amos, y más favorables que éstos á su libertad; las investigaciones judiciales practicadas para descubrir

los emancipados indebidamente ocultados, detenidos, ó reducidos á esclavitud por la sórdida codicia de algunos propietarios; las preguntas é indagaciones que al intento se hacían á los mismos esclavos; eran otras tantas advertencias con las cuales se les sugerían ideas que, en su rusticidad, comprendían á su manera, aumentando y desfigurando su verdadero sentido.

Ni debe disimularse el que por algunos años se ha hecho el contrabando de esclavos, y que, en la introduccion clandestina de estos, era imposible que el Gobierno hiciese cumplir las medidas que se usaban cuando la trata era pública, legal y permitida.—Los esclavos de las fincas rurales han visto por muchos años que llegaban los cargamentos á escondidas, y se repartían de la misma manera, siendo muchas veces perseguidos; por lo cual han llegado á comprender que no es lícita ni permitida esta introduccion, y de aquí deducen su derecho á la libertad.

Tambien es posible, y hay algunos datos para creer el hecho de que en los cargamentos de negros bozales han venido algunos esclavos más instruidos de lo que era necesario, que hablaban el inglés, y que probablemente tenían ideas que han podido sugerir á los otros, contribuyendo todo esto al mal estado moral que se nota en la esclavitud.

Las observaciones que llevo expuestas, me persuaden lo que había dicho al principio, á saber: que ya hemos llegado á un punto en que nuestra agricultura no exige el aumento de esclavos, y en que sería peligroso, muy peligroso, permitir ó tolerar su introduccion.—En la actualidad están desmontados, en su mayor parte, aquellos inmensos bosques que cubrían nuestra isla; el arado ha reemplazado el hacha, y economizándose el trabajo del hombre, se necesitan ménos brazos de los que ántes se requerían para el mismo cultivo.—Se han inventado tambien mejoras en los utensilios de la agricultura, se han introducido máquinas desconocidas ántes, ha habido ahorro de trabajo en las casas de calderas, y el progreso constante de las ciencias y las artes, proporciona cada dia nuevos medios y procedimientos con que se disminuye el trabajo manual.

Por otra parte, habiendo bajado tan extraordinariamente el precio de los frutos, sin que haya por desgracia probabilidad de que vuelva á

subir, se ha paralizado la industria agrícola por ésta y otras causas ya anunciadas. Y si á esta se agrega que la misma baja de precios hace que se demuelan muchos ingenios viejos, y que se destruyan ó abandonen muchos cafetales (cuyas dotaciones de esclavos son bajo todo concepto preferibles á los recién llegados de Africa) no podemos admitir la posibilidad de que lleguen á faltar los brazos necesarios.

Las vicisitudes mercantiles y la incontestable excelencia de nuestro tabaco, hacen que se prefiera en el día su cultivo al de la caña y al del café; y ese cultivo, que se ejerce en pequeño, es muy á propósito para labradores pobres, y por consiguiente no exige brazos esclavos. Además de esto, los hacendados observadores y que conocen sus verdaderos intereses, comprenden la necesidad de introducir en sus fincas trabajadores libres ó colonos blancos, para atender á su propia seguridad; y estos cultivadores, que forzosamente han de aumentarse, contribuirán también á hacer innecesarias las nuevas importaciones de africanos.

Todos estos pensamientos me conducen á manifestar á V. E. que estoy plenamente convencido de que ya no hemos menester de más esclavos africanos, y de que los que hoy poseemos, tratados con el cuidado que nos manda la humanidad, bastan á llenar nuestras necesidades agrícolas, pues los que nazcan reemplazarán con ventaja á los que mueran.

Sería yo un ingrato si desconociera la paternal solicitud del Gobierno Supremo y la predilección con que mira á estos habitantes, cuando quiso conocer á fondo nuestras circunstancias, ántes de adoptar una medida decisiva en asunto de tanta trascendencia; pero estas circunstancias, las de 1844, bien distintas, repito, de las del año 1835, léjos de oponerse al cumplimiento del tratado, exigirían, como ya lo he dicho, de la previsión del Gobierno Supremo, una medida enérgica que llenase los fines del referido tratado, aún cuando en él no estuviese estipulada. Así lo dicta la prudencia, y así lo manda la primera de todas las leyes naturales, que tienen por objeto la propia conservación.

Creo, pues, que al intento debe reiterarse la prohibición de introducir esclavos, de cualquiera parte que sean, é imponerse penas á los

que los introduzcan; bien que declarando ante todas cosas, que esas penas nunca tendrán efecto retroactivo, no pudiendo aplicarse á sucesos anteriores á su promulgacion. Convendría tambien declarar, á mi modo de ver, que por ningun motivo se permitieran investigaciones judiciales sobre la propiedad ó procedencia de los esclavos que existen hoy en la isla de Cuba. Una declaracion de este género quitaría á los propietarios toda clase de zozobra sobre este particular.

En cuanto al tamaño y proporcion de las penas (que deberán hacerse efectivas si se han de precaver los delitos, y que habrán de alcanzar á todos los que tomen parte en el dicho tráfico, cualesquiera que ellos sean, segun la letra del referido tratado,) paréceme que serían suficientes las siguientes:—Seis años de presidio á los capitanes de buques á quienes se probase que se habían destinado á la conduccion de esclavos á la isla de Cuba, de cualquiera parte del mundo.— Dos años de presidio ó de prision á los segundos capitanes y pilotos de dichas embarcaciones, á quienes se probase el mismo delito; y en cuanto á los contramaestres y demás individuos de las tripulaciones, hay buenos motivos para que no se les impongan penas muy severas; y por tanto opino que solo se les recargue un año de servicio en los bajeles de S. M., sirviéndoles á ellos de saludable correccion, al mismo tiempo que sería provechosa á la Real Marina.

Los armadores de la expedicion deberían de tener pena, y no pequeña, como principales autores del delito: dos años de prision y la confiscacion del buque con todas sus pertenencias, sería la pena que en mi concepto merecerían, siempre que no probasen que ignoraban el objeto á que debía destinarse el buque.—Consiguiente fuera tambien que todos los que suplieran dineros para carenar ó reparar las naves, completar sus facturas, suplirlas de vituallas ó pagar las tripulaciones, sabiendo el objeto á que se destinaban, perdieran sus acreencias, y que los que asegurasen el barco ó la expedición, con conocimiento del tráfico que hacía, pagasen una multa igual á la mitad del valor del seguro, al mismo tiempo que se declarase la nulidad de dichos seguros.

Todavía me parece que más eficaz que todo esto sería que se impusiese la pena de pagar doscientos pesos de multa, ó la de sufrir en

su defecto dos meses de prisión, por cada esclavo, además de la pérdida de éste, á los que se probase que hubiesen comprado ó tuviesen esclavos introducidos en la isla con posterioridad á la publicacion de la Ley Penal.

Con todas estas multas convendría formar un fondo que se conservara en la Tesorería Real, en arca separada, y se invirtiera exclusivamente en transportar á las costas de Africa, ó al punto que señalara el Gobierno, fuera de la isla, todos los negros que se introduzcan en lo sucesivo: dicho transporte debería verificarse por orden de la Comandancia General de Marina, la que adoptaría las precauciones convenientes para que fuese efectivo, y no hubiera en esto ningun fraude ni disimulo. En el caso de que no bastasen los fondos para costear el transporte, debería llenarse el déficit con los municipales ú otros que destinase el Gobierno al efecto; pues en ningun caso debería permitirse, ni bajo pretexto alguno, que quedase en el país uno de esos esclavos, cuya permanencia en nuestro suelo puede producir tan malos resultados.

Siendo así mismo conveniente determinar el tribunal que habría de aplicar estas penas, y evitar que se hicieran ilusorias, por encuentros de jurisdiccion ó cualesquiera otros motivos, paréceme que sería oportuno declarar que de todos estos delitos conociera el juez ordinario más antiguo del pueblo, en cuyo distrito se hubiera introducido el cargamento, ó donde fuese conducido el buque apresado, con apelacion á la Audiencia del distrito en el orden regular, y arreglándose el procedimiento á las formas que establecen las leyes comunes. Con respecto á la Habana, sería útil designar al Teniente Gobernador más antiguo para que conociera en calidad de juez.

Tales son, Excmo. Sr., las medidas que, segun mi corto entender, demandan imperiosamente nuestras presentes difíciles circunstancias, para cortar de raíz el mal crónico que poco á poco ha invadido nuestro cuerpo social, hasta el punto de amenazarle con una segura si no pronta destruccion. Empero, me asiste y me consuela la esperanza de que la sabiduría del Supremo Gobierno de S. M. no tardará en proporcionarnos el remedio más eficaz, que ponga fin á tan violenta situación, asegurando para siempre la posesion de esta Antilla y la felici-

dad de sus moradores. Estos son los más ardientes votos del que suscribe, que al extender el presente informe con toda la ingenuidad y franqueza de su carácter, cree haber cumplido un deber de su conciencia, á la par que ha satisfecho los deseos de su corazón: y si logra llenar de algun modo el objeto que V. E. se ha propuesto, será completa su satisfaccion.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Habana, á 2 de Marzo de 1844.

Exmo. Sr.

(firmado)—*Domingo de Aldama.*



DOCUMENTOS HISTORICOS.

Cartas de la correspondencia del Doctor Félix Figueredo.

(*Continúa.*)

DE PACHECO Á FÉLIX FIGUEREDO.

Piloto, Noviembre 28 de 1876.

Dr. Félix Figueredo.

Mi estimado amigo:

Como sé que á usted le agradan las buenas noticias, voy á darle algunas que son positivas, pues las he recibido de los corresponsales y las publican los españoles en *La Bandera*.

El dia 7 del corriente salió de Puerto Plata, á las 2 de la tarde, el vapor *Moctezuma*, habiendo embarcado allí doce cubanos emigrados. Como á las 6 del mismo, estando comiendo, se presentaron los cubanos expresados en la puerta de la cámara intimando la rendicion á los que en ella estaban. A esta intimacion, parece que algunos trataron de defenderse, recibiendo el capitan del vapor, Cacho, dos tiros de revólver en las sienes, muriendo intantáneamente, lo mismo que los camareros José Castro y Marcelino José Mendez, y pasajero Francisco

Leguero, y heridos el mayordomo, un fogonero y un pasajero; el resto de pasajeros y la tripulacion se rindió.

Al llegar frente á un punto de Haití, desembarcaron á los rendidos, dejando abordo á los maquinistas, fogoneros, un piloto y varios tripulantes á fin de que los condujesen al puerto que ellos le indicasen.

Los salvados llegaron á Port-au-Prince en un vaporcito que en Punta Paz les facilitó el Gobernador, para dirigirse á Cabo Haitiano, adonde llegaron y tomaron el francés que los condujo á Santiago de Cuba.

Este hecho, amigo mio, es heróico, 12 cubanos contra 50 españoles, que de capitan abajo formaban la tripulacion. Aún no se sabe el destino del *Moctezuma*. El cargamento vale más de 300,000 pesos, con unos 15,000 pesos que traia en dinero.

El general Arsenio Martinez Campos se ha hecho ya cargo de la Capitanía General de la Habana. A Holguin va destinado Sabás Marin. Segun *La Bandera*, se ha llevado á efecto en Madrid el empréstito para la isla de Cuba. En una reunion de 250 diputados, el señor Cánovas del Castillo declaró que era determinacion del Gobierno conservar á Cuba á cualquier costo.

Del ingenio Santa Cruz (Navarrete) ha salido al campo gran número de esclavos: ignoro cuántos serán, pues parece que todavía no han podido unírseles. Voy á mandar gente en su busca.

El general salió de los Lazos el 22.

Me alegraria desechara usted la idea de que mi enfermedad es jarana, y tratara de aliviar á uno de sus buenos amigos.

Suyo,

PACHECO.

DE FÉLIX FIGUEREDO Á «EL PERIQUERO».

El Mijial (Cuba Libre) y Diciembre 18 de 1875.

Sr. Director de *El Periquero*, de Holguin.

Muy Sr. mio y de toda mi consideracion: Como San Isidoro continúa haciendo milagros, mal que les pese á los señores brigadier Es-

ponda y Juez de primera instancia, hizo que llegara á nuestras manos el periódico del 16 del corriente mes para no faltar al convenio que hemos celebrado. Esto le probará á usted que nosotros tenemos con los santos alguna influencia, y en verdad tiene que ser así porque somos demasiado fieles en nuestros votos, y porque pagamos con puntualidad nuestras ofrendas, recibiendo en pago los soplos del Espíritu Santo.

Hablando del periodiquin y las noticias que propaga, puedo asegurarle que las conozco todas y que lo he leído todo, deduciendo de su lectura insípida que ustedes, como buenos íntegros, se mantienen firmes en callar lo que todo el mundo está cansado de saber, y en decir lo que nadie quiere creer; y como esto necesita demostracion, dígnese dejar por un momento sus múltiples atenciones y parar oídos en lo que voy á apuntar para que haga el uso que le parezca más conveniente, aunque de antemano sepamos cuál será.

Dice su periódico, entre otras cosas, «que andaban los insurrectos merodeando por la sabana y al ver desarmado á D. Pedro Meseguer y Ascencio, se lanzaron tras él como lobos hambrientos, y al alcanzarlo en la corrida le asestaron tan *terrible machetazo* (ojo mucho ojo) que le produjo la . . . desnudez y alguna otra cosilla; y despues, por el aviso de un muchacho, fué recogido por los guerrilleros y llevado al hospital de la ciudad, donde le hizo la cura de primera intencion el cirujano Corrales, y más tarde le fué amputado un brazo por el doctor Soloegui.»

Cierto, muy cierto es que el voluntario, cabo de artillería, D. Pedro Meseguer y Ascencio, recibió tan terrible machetazo, y Dios le conserve la vida por muchos años, ya que se salvó de la tremenda, para que cuente á los *no escarmentados* cómo se reciben esos milagros y para que pueda engullirse los cien pesos, producto de la suscripcion en su favor, sintiendo nosotros . . . un extraordinario placer con haber visto entre los suscritores los nombres del *patriota* Gerardo Perez Puellez, de Aurelio Maza, que en 1868 tiraba cartas á los de la Periquera, de Manuel Betancourt, de Miguel Figueras y otros beneméritos más, como Julian Gorgas, que mejor le estaria acordarse de lo que los españoles hicieron á su honrado padre . . .



Pero lo que no es digerible, fumable ni creible, es lo de que los insurrectos anduviesen entretenidos *en merodear por la sabana*, y puesto que ni usted, ni el autor del remitido, ni los bravos de Holguin, quisieron salir de la ciudad el día dos del corriente mes, cuando los insurrectos salieron de los Pedernales (q. e. p. d.), para mirar por sus ojos lo que pasaba á ménos de un kilómetro de la poblacion, nos tomaremos la pena de contárselo, para que le dé publicidad, á fin de que su periódico en lo sucesivo conquiste fama de verídico.

Es el caso que, anunciada con anticipacion una visita de inspeccion al Departamento de Oriente por el Gobierno de nuestra República democrática, se concibió el proyecto de prepararle una fiesta nacional, de las que nosotros acostumbramos llamar de bala, tizon y machete. Llegado que hubo al territorio de Holguin, se le dió conocimiento del proyecto, que no tuvo inconveniente en aceptar, poniendo por condicion, para que la fiesta fuese más ruidosa, que se llevase una charanga para pasear una hermosa bandera cubana, que acaba de traer de Nueva York y regalar al Presidente, el expedicionario comandante Barnet. Aceptada y aplaudida la condicion, se organizó en Tacajó, bajo las órdenes del general José Antonio Maceo, una columna como de 200 ginetes, con las brigadas de Holguin y Cuba á cargo de los coroneles Arcadio Leyte Vidal y Emilio Noguera; faltando solamente trasladarnos á Alcalá para incorporar las guerrillas de San Fernando y de Melones, mandadas respectivamente por el comandante A. Molina y capitán Mastrapa, lo que se llevó á efecto el 29 de Noviembre. Arreglado todo en el órden expresado, salimos el 1º de Diciembre como á las 10 de la mañana, de Alcalá, con direccion á Jesús María, haciendo el primer alto de una hora en la sabana de las Viajacas, y el segundo á una legua de la carretera de Gibara, donde dispuso el general Maceo dividir en dos la columna, para atacar simultáneamente los fuertes de Jesús María y del Guayabal, tan próximos á la ciudad de Holguin, que veíamos las luces del alumbrado público desde el punto donde hicimos la parada.

Dió el mando de la fuerza que habia de atacar el Guayabal al coronel A. Leyte Vidal, secundado por el coronel Cronvet, para cuyo efecto partieron enseguida, acompañados de los prácticos necesarios y

la mitad de la fuerza, como á las once de la noche. El general Maceo se hizo cargo de tomar á Jesus María, de manera que permanecimos en el sitio del alto, el tiempo preciso para dar lugar á que los otros llegasen al Guayabal. Cuando el reloj marcó la hora convenida, mandó el general poner en movimiento el resto de la columna, entrando á pocos momentos en la carretera de Gibara y avanzando siempre sobre el campamento de Jesus María á paso ligero, llevando en la vanguardia las dos guerrillas, que iban apoyadas por el coronel Noguerras, á las que seguian el Cuartel general y Gobierno, y detrás la caballería, con encargo de cubrir la retaguardia y caminos inmediatos. Tan pronto circuló el aviso de hallarse próximo el fuerte, se lanzaron las guerrillas al asalto; haciéndolo con tal denuedo y empuje que á los pocos instantes habian obligado á los guardias civiles que defendian las trincheras á buscar su salvacion en la fuga, no obstante constar su número de cien hombres y de estar prevenidos, como lo comprobaban las tres centinelas que tenían y el haber intentado con sus repetidos disparos de fusilería detener á los primeros asaltantes, pero ¿cómo detener á los primeros que entraron á la trinchera, si lo hicieron machete en mano para dar muerte á todo el que hiciera resistencia? ¿Ni cómo impedirlo, cuando á los cinco minutos de fuego nos hallábamos revueltos dentro del caserío y la trinchera, y la vanguardia, centro é impedimenta en busca de enemigos á quienes dar machete? Aquello era para visto y no para contado, ¡cuadro imponente, iluminado por el incendio de la trinchera! Lo que más llamaba la atencion fué la prontitud con que nuestros guerrilleros se convirtieron en guardias civiles, por haberse puesto los sombreros, uniformes, capas y correa que allí tomaron en buena lid. Luego que se incendió todo, pues á todo se le dió tizon, tocaron los clarines llamada y formacion, lo que obligó á cada cual á ocupar el lugar que le correspondia. Allí se repartió el parque y demás elementos de guerra ocupados á los guardias, tan malos defensores de la trinchera, y seguidamente el general Maceo mandó tocar marcha, guiando los prácticos, para el Guayabal, donde más ó ménos pasaban las mismas escenas. A nuestro paso por las fincas inmediatas al camino, acudian á ellas nuestros rancheros y asistentes, y despues de limpiarlas les aplicaban el tizon, iluminándolos.

nos el camino el resplandor de las hogueras. Divertidos estarían los habitantes de Holguín y campamentos cercanos, al ver tantos incendios sin poder salir á extinguirlos sus bomberos. Veían rapar las barbas al vecindario y se decían ¡Nones! No haya miedo, á cada quisque le llega su San Martín. ¡Adelante! y al Guayabal, donde nos aguardan ¡vencedores! nuestros hermanos. Y érase que se era el amanecer del 2 de Diciembre cuando allí llegamos, hallando un verdadero pueblo cubano de niños, hombres, ancianos y mujeres, que se saludaban y abrazaban, gritando: «¡Viva Cuba Libre!» Y nuestros soldados que decían: «¡Qué salgan! ¡A que no vienen! ¡Veremos al gavilán (Maceo) arrojarse sobre ellos y darles machete como en la Demajagua! Puff! Ya se aproximan!...» Pero ¿qué es aquello? El sol que asoma por Oriente y en la tierra una estrella «¡Viva Cuba Libre!!!» gritaron todos locos de entusiasmo. En aquel momento nuestra charanga tocaba el himno villareño, al desplegarse, gallarda y soberbia, la bandera de la patria.

Tres horas permanecimos en las ruinas de lo que fué campamento del Guayabal, mientras se organizó de nuevo la columna, colocando en el centro la numerosa impedimenta aumentada con tantas familias y tanto ganado, que se dió á la custodia de los ex-voluntarios que, ya cubanos, se nos incorporaron bien armados de fusiles y machetes. Salimos con rumbo á los Pedernales, acercándonos cada vez más á las fortificaciones contiguas á Holguín, y en espera de que el enemigo saliera á interrumpir nuestra marcha, ansioso de quitarnos la presa que le habíamos arrancado, y á... dispersarnos, como acostumbran decir en sus revistas quincenales. Por más que lo deseamos, para ver á nuestros ginetes maniobrar en un terreno tan á propósito para la caballería, no lo conseguíamos. Y, por Dios, que el general Maceo estaba contrariado porque no salían, pues era su afán confirmar la bandera «con un repiqueteo de machete»: así lo decía á cada paso y aún tenía esperanza de conseguirlo al pasar por algunas de las vías que existen entre Holguín, Mata-Toro, San Andrés y el Yareyal, y tan empeñado estaba en ello, y lo creía tan seguro, que se adelantó, colocándose en la vanguardia de la columna con los ginetes exploradores y 150 más, ordenando al resto de la caballería cubriese la ex-

trema retaguardia; pero, despues de atravesar los caminos mencionados, el deseado enemigo no aparecia. Continuamos adelante, girando sobre Holguín y los Pedernales, siempre con la bandera desplegada y colocado el que la llevaba entre el Cuartel general y el Gobierno. De pronto se oyeron tiros por vanguardia y la columna en masa repitió ¡el enemigo! ¿Qué sucedia? ¿Qué significaban aquellos disparos? Que el destacamento defensor de la trinchera de Pedernales al descubrir nuestro pabellon tricolor, quisieron saludarlo con algunos disparos: los nuestros lo tomaron á ofensa y á escape tomaron la direccion de la trinchera. Era de ver cómo se lanzaron unos á tiros y otros blandiendo sus machetes, gritándoles: ¡ahora lo veremos! ¡cojerles la retirada! ¡ya huyen! ¡que se escapen! ¡tíales, tíales! ¡cobardes! Y efectivamente, se les veia correr como perros jíbaros, salvando matorrales, cercas y demás obstáculos, para poder ganar un monte que estaba próximo, y se marcharon ¡cobardes! sin intentar defender la trinchera, dejándola abandonada, lo mismo que á las familias y todo el caserío que inmediatamente fué inundado por nuestros soldados, asistentes y rancheros, para utilizar todo lo que allí encontraron y que tan *sabrosamente* habian ganado. Digo esto porque no tuvimos allí baja alguna, no obstante ser tomada la trinchera á pecho descubierto, y á pesar de su buena construccion y situacion para la defensa.

Como á las 10 de la mañana quedó terminada la operacion del campamento Pedernales, con la quema de todos sus establecimientos y la ocupacion de todo lo útil, principalmente el armamento y algunos miles de cartuchos, y concluida que fué, avanzó nuestra caballería con su descubierta desplegada, acercándose más á la poblacion de Holguín por la entrada que llaman de Cuba á Bayamo, donde acababa de ver algunos hombres que tomaron por exploradores enemigos, miéntras el resto de la columna seguia las huellas de la caballería para apoyarla en caso necesario, es decir, en caso de que los de Holguín aceptasen el combate á campo abierto, que de hecho se les proponia no sólo con la presencia de toda la columna *en la sabana*, sino con la persecucion de los que entraban y salian de la poblacion, y aquí fué cuando *el cabo de artillería D. Pedro Mesequer y Asencio*, por su mala estrella, tuvo la desgracia de que lo alcanzaran en su precipitada

fuga y le asestaran *tan terrible machetazo*. Más infortunados fueron otros que intentaron también correr y alcanzados que fueron, se les dió machete tan de verás, que con seguridad hicieron inútiles los conocimientos científicos de los doctores Corrales y Soloegui.

Por distintas veces se desplegó nuestra caballería como á mil metros, á vista de la poblacion, pero aquellas evoluciones no eran interpretadas ni siquiera comprendidas por los señores defensores de la integridad del territorio. Se contentaron con dispararnos dos cañonazos con bala rasa que tomamos por el primer aviso, y en espera de lo demás, nos cansamos de esperar hasta que comprendimos que los disparos de cañon eran señal de respetuoso saludo á nuestro pabellon nacional y al Presidente de la República, y como prueba de agradecimiento les damos las más expresivas gracias.

En la misma sabana, en un paso del arroyo Miradero, en el camino de Mayabe y siempre á vista de las torres de la ciudad, hicimos otra parada en espera del enemigo, hasta que convencido el general Maceo *que no queria pelear*, juzgó oportuno no esperar más y marchar para el Mijial para dar descanso á la columna, que llevaba 28 horas consecutivas de andar y de fatigas en los tres campamentos de Jesus María, Guayabal y los Pedernales, asaltados, tomados y quemados. Esto último, con el simple objeto de purificar nuestra atmósfera, tan insalubre desde la conquista.

Si fuésemos, Sr. Director, á analizar esta brillante operacion y á deducir sus consecuencias, alcanzaríamos, tal vez, que nos aplicaran algunos artículos y sueltos, con epítetos escogidos, los padres de *El Periquero* que, entendemos, deben serlo el *Diario de la Marina* y *La Voz de Cuba* y nuestra antigua conocida, *La Bandera Española*; pero no lo haremos porque nos falta tiempo, y sólo queremos manifestar al *Periquero* que «donde las dan las toman», y que si los íntegros de Holguin tuvieron á bien lucirse con recepciones, banquetes y serenatas por la llegada de S. E. el Sr. Brigadier Esponda, nosotros, que no somos ménos, estimamos oportuno recibir al Gobierno de nuestra República democrática, proporcionándoles horas agradables con una fiesta nacional de las que llamaremos de Bala, Tizon y Machete, y despues retirarnos á disfrutar el producto de una suscripcion forzosa, que

dió por resultado: 60 bueyes, 100 cerdos, más de 1,000 aves domésticas, amen de otras frioleras de alguna importancia, como han sido el ingreso de 40 voluntarios armados de rifles y algunos miles de cartuchos metálicos, que devolvemos uno á uno, junto con los que vinieron con la bandera que trajo de New York el comandante Barnet.

Como en los fuegos no artificiales siempre se saca lasca, tenemos á bien no ocultar que en toda la fiesta tuvimos 4 bajas: una definitiva, que fué el sargento Odalio Batista, al asaltar, el primero, la trinchera de Jesus María, y tres heridos, que fueron: el sub-teniente Benito Gonzalez, el sargento José O'Brien, tambien en Jesus María, y el cabo Federico Peña en la entrada de Cuba, los cuales heridos siguen bien y ya casi curados, gracias á los cuidados que les han prodigado los doctores Collado, Brioso y Blanca Rosa.

Ya vé usted, Sr. Director, cómo tambien tenemos doctores y damos fiestas al Gobierno, al que obsequiamos con banquetes, serenatas y teatros donde se representan tragedias y dramas escogidos del moderno repertorio. Aseguramos á usted que aquí va estampada la verdad de todo lo acontecido en los dias 1 y 2 del corriente mes de Diciembre de 1875, verdad que si usted la examina hallará tan desnuda como el cabo de artillería D. Pedro Meseguer y Ascencio. Le encarecemos dé publicidad á ésta, siempre que lo tenga á bien S. E. el Brigadier Esponda, para que los lectores de su insulso periódico se convenzan que hubo de todo, ménos aquello de que «los insurrectos anduviesen merodeando por la sabana.»

Y ántes de concluir participo á usted que nuestro Gobierno, al despedirse para Camagüey, por estar más cerca del teatro de las Villas, nos prometió que la descripcion de esta operacion, con tan feliz éxito llevada á cabo por el general Maceo, se publicaria con preferencia á otras en nuestro *Boletin de la Guerra y Estrella Solitaria*, y que una copia iria á manos del Sr. Bellido de Luna, Director de *La Independencia*, en New York, para buscarle quisquillas al finchado Sr. Ferrer de Couto. Se le saluda fraternalmente, Sr. Director de *El Periquero*, deseando que nunca se vea perseguido por alguno de los que alcanzaron al cabo Meseguer y Ascencio, pues pudiera aconte-

cer.... vamos.... mejor es no decirlo, no sea que le acometan pesadillas.

De usted seguro servidor,

F. F.

Nota.—Remitido al periódico *El Periquero* de Holguin, por conducto de Avilés. Fué una copia para el Presidente de la República. Otra para el Mayor Iñiguez.

EL AUTOR.



GIBARA Y SU JURISDICCION.

APUNTES HISTORICOS Y ESTADISTICOS.

(CONTINUACION).

Examinando varios expedientes antiguos de realengos denunciados en el departamento Oriental, he podido apreciar que durante algunos años despues todavía no figuraba Gibara como entidad útil á la república, y tanto es así, que en 1767 no pasaba de ser un embarcadero, muy poco frecuentado por cierto, del corral de Arroyo Blanco, al tenor de lo que informan las páginas de un pleito iniciado en 1808, á propósito de la propiedad disputada á D. Manuel Pupo y Leon del expresado Corral, sin que por ser su embarcadero, como he dicho antes, pertenecieran los terrenos limítrofes de la bahía al repetido Corral, circunstancia que se puso en claro al rectificar los agrimensores la superficie correspondiente al Arroyo Blanco.

Eran realengos por entonces los terrenos de la Punta de Yarey (Gibara) y en ese concepto los denunció el regidor del Ayuntamiento de Holguin D. Francisco Dominguez, á quien se le cedieron á censo en Julio de 1756 como hemos visto ya al principio del presente capítulo,

Es más, ni como puerto de mar figura Gibara en los mapas primitivos de la isla de Cuba.

En efecto: en el manuscrito de Juan de la Costa, piloto que acompañó á Colon en su segundo viaje al Nuevo Mundo, y que delineó la parte de América que aquél habia descubierto hasta entónces—mapa que fué presentado en Segovia á la reina Isabel—sólo aparecen representadas en él las palabras siguientes: *P. del Príncipe*.—*C. Serafin*.—*C. Maguey*.—*Bien baja*.—*Abangelifta* y nada más, (año de 1500).

En la porcion de una de las cartas del mapa manuscrito tambien de Guilleaume de Testu, en que aparece la isla de Cuba muy deformemente representada por cierto, sólo figuran Baracoa y Puerto del Padre en la costa donde se halla la bahía de Gibara (1555).

En el plano de la isla de Cuba de Paolo Forlano, no aparece ni Puerto Príncipe, ni Baracoa, ni mucho ménos Gibara (1564).

En otro del mismo autor, titulado *La descriptione de il Perú*, en cuya carta figura la isla de Cuba, muy mal dibujada por cierto, y tanto, que si se conoce que es ella, es por el nombre allí estampado, sólo aparece *P. Príncipe*.—*C. Calinas* y *C. Maicí* (1564 y 1565).

Me estoy refiriendo en todos estos mapas, á la parte de la costa en que radica la bahía de Gibara.

En la carta de Teodoro Bry, y dispéñseme el lector esta indigesta nomenclatura, figuran Puerto Padre y Baracoa solamente (1594).

En la gran carta manuscrita y pintada, de Matheum Nevenium Pecciolem, sólo aparece Puerto del Manaticay.—Puerto del Padre.—Bocas de Bamy y Zaraboa (1604).

En la isla de Cuba del atlas de Hondius, figura ya nuestro país de una manera bastante parecida en su contorno al que realmente tiene, y aparecen en dicho mapa, Puerto Príncipe.—*Monxpi*.—*Isabella*.—*P. Ricco* y Baracoa, pero no Gibara: sin embargo, ya en esta carta se determinan seis entradas en la costa Norte desde Baracoa á *P. Ricco*, entre las cuales una tiene necesariamente que indicar la bahía de Gibara, pero todas ellas carecen de nombre propio (1607).

Por último en una carta portuguesa, pintada sobre pergamino que se halla en la biblioteca real de París, bastante bien contorneada la isla de Cuba, para aquellos tiempos, figuran solamente en la costa

Norte los nombres siguientes: B. del Pr. Cepe y P. del Padre, pero ni Cuba, ni Baracoa, ni ningun otro puerto con su nombre respectivo (1618).

En el bien detallado mapa de La Torre, nuestro compatriota, dibujado con arreglo á los antecedentes que se tienen de los viajes de Colon, cuyos derroteros se marcan en él por medios de puntos, aparece una entrada en la costa que por su configuracion y por su proximidad á Puerto Padre, se deduce que es el puerto de Gibara, pero tampoco tiene allí nombre propio que lo determine, y eso que fué impreso en 1841.

Sólo viene á encontrarse la palabra buscada entre los mapas antiguos de Cuba, en el dibujado en París el año de 1827, y el cual se halla unido al *Ensayo Político sobre la isla de Cuba* del Baron de Humboldt.

La carta llamada de Vives, es posterior á esa fecha y en ella aparece tambien el puerto de Gibara con su nombre propio.

No creo, sin embargo, que sea el de Humboldt el primer mapa en que figure el puerto de Gibara con su nombre que lo determine, pero si así fuere no he tenido la suerte de dar con él.

Por manera que hay que convenir, á falta de otros antecedentes, en que los primeros destellos de la existencia del puerto de Gibara datan del año de 1755, segun manifesté anteriormente.

Bien es verdad que la de Holguin tampoco se conoció hasta 1698 con la significacion de *hato* y para esto le aventajó Managuaco en orden de antigüedad.

Perdida, pues, la existencia de mi pueblo en la oscuridad del pasado, por lo ménos en lo que se refiere á documentos escritos, hay forzosamente que relacionar su origen con la época en que D. Francisco Dominguez denunció sus terrenos al Ayuntamiento de Holguin en calidad de realengos, año de 1756, si bien como poblacion sólo viene á figurar en los comienzos del presente siglo, como se ha visto ya.

ETIMOLOGÍA DE LA PALABRA GIBARA.

Jibá—Jibara, son voces indígenas, propias de un arbusto silvestre que abunda en las orillas de los rios, lagunas y tierras anegadas (1) y en los terrenos pedregosos y rocas marítimas, según la clase del arbusto dentro de la misma familia.

En el departamento Oriental se conoce con el nombre de *Jibá*: en Villaclara con el de Jibara, según el mismo Pichardo.

En cuanto al cambio de la J. por la G. con que generalmente se escribe hoy el nombre propio de la villa de Gibara, no encuentro ninguna razón gramatical que la justifique: en ese concepto estimo que se ha hecho mal en quitarle la pureza etimológica que tenía la palabra, la cual ha perdido, sin duda alguna, con la sustitución de la G, porque á mayor abundamiento esa letra no se conocía en el vocabulario indígena.

Sin embargo el uso ha sancionado el cambio, y no seré yo por cierto quien tire de mi tizona para desfacer el entuerto cometido contra el idioma de Hatuey, por más que lo desaprobe.

Describiendo Pichardo el arbusto de donde procede, á mi juicio, el nombre de mi pueblo, dice, que el que se cria en los terrenos pantanosos florece en la primavera, y el fruto á manera de *mango*, lo comen las jicoteas.

Otro *Jibá*, añade, se encuentra en los bosque y tierras feraces que florece de Febrero á Marzo y la semilla por Abril ó Mayo, la comen el *sinsonte*, el *cao*, la *cotorra*, la *torcaz*, el *zorzal real* y las aves domésticas; dice, refiriéndose á informes del cura de Guamutas, que el cocimiento de la raíz se emplea empíricamente en los golpes de caídas y cree que destruye las apostemas: el fruto de tinte rojo.

El Sr. Lasagra habla de varias especies de *Jibá* (continúa Pichardo) entre ellas el *Erithroxylum breviper*, de hojas pequeñas, ovaladas, espatuladas muy obtusas, etc., etc.; flores solitarias de muy corto pe-

(1) Pichardo, *Diccionario de voces cubanas*. Pág. 149.

dúnculo que lucen en Octubre; fruto unilocular, *crece en las rocas marítimas*.

El Dr. Gundlach dice que la primera definicion pertenece al *Bagá*, salvo el nombre científico *Erithroxylum*: que la fruta del *Jibá* es chica, colorada y la mata de *terrenos pedregosos*.

De aquí y de otros antecedentes, deduce Pichardo, que este *Jibá* es el que en Villaclara y otros lugares de Vuelta arriba llaman *Jibara*. El que vió él en Junio, dice que es un arbusto de hojas alternas, ovales, borde liso, pálidas por debajo: las frutas rojas, redondas, del tamaño del *Ají guagua*, que salen pegadas de las ramas, estrelladas con un pedúnculo de media pulgada, que lo come el sinsonte.

Ahora bien, es de suponerse que nuestros abuelos, aquellos que florecieron á mediados del siglo pasado, cuando pisaron por primera vez el territorio gibareño, encontrando mucho *Jibá* á orillas del rio Gibara que desemboca en la bahía, le bautizaran con el nombre de *Jibara* que despues se le dió á la Punta de Yarey.

Tambien puede suceder que tomara mi pueblo directamente su nombre del *Jibá* que, segun Lasagra, *crece en las rocas marítimas*, puesto que Gibara se encuentra rodeado por la parte del Norte de dichas rocas, en las cuales se criaban esos arbustos. O bien, y esto es lo más racional, que tomara el referido nombre del *Jibara* de Pichardo, siendo así que, segun recuerdo, abundaba mucho ese arbusto en mi tiempo, allá por las faldas de la loma de la Vigía, cuando todo aquello estaba cubierto de maniguas y monte bajo.

Pero sea de ello lo que fuere, y en la imposibilidad de dar con la verdad histórica, precisa é irrecusable de la cosa, hay que concurrir en que el nombre que lleva hoy la villa de Gibara, procede del arbusto ya repetido tantas veces, *Jibá* ó *Jibara*, y no de la palabra *Jíbaro* como se crée vulgarmente en mi pueblo: voz indígena tambien esta última que significa *montaraz, rústico, indomable*, aplicada generalmente á los animales que tienen esas cualidades, sobre todo, al *perro jíbaro* que se cria indómito en los montes de Cuba y con cuyo mote de *jíbaros* se tilda á los gibareños, allá en Oriente, cuando el vulgo ignorante procura denigrarlos.

Tambien nos llaman *cangrejeros* como á los cardenenses y con

igual intento, á causa de que en ambas localidades se crían en abundancia dichos crustáceos.

Hay, sin embargo, una diferencia notable entre Cárdenas y Gibara respecto de este particular, que deseo aclarar, ya que la ocasión se me presenta propicia.

En Cárdenas según tengo entendido no se cria más que el cangrejo blanco ó azul; propio ó natural de los terrenos pantanosos, á tiempo que en Gibara se cria aquella especie en las humedades de la playa (1) y en las márgenes de los ríos Gibara y Cacuyugüin; y se cria además el colorado en las alturas rocosas de *Los colgadizos* (2).

El primero vive y procrea en terrenos húmedos como he dicho ya: el segundo vive en las pequeñas cuevas que tienen las piedras cavernosas, y sólo salen en bandadas cuando las tronadas sacuden sus hogares, ó cuando les llega la época del desove, y se trasladan entónces á las playas del mar, en busca de una fuerza mecánica que ayude á las hembras á descargar sus huevecillos que, en cantidad prodigiosa, guarda la cangreja en la parte anterior de su vientre. Sucede entónces una cosa muy curiosa: colócase el crustáceo á todo lo largo de las últimas líneas que forman las olas al morir sobre la arena, y allí, esperando el frote que produce semejante rozamiento al ir y venir de las aguas agitadas, permanecen batallando con el mar hasta que libres ya de la carga, retornan al hogar común.

Por lo ménos, si el traslado ya referido de esos animales á la playa del mar, no es cosa común en otras partes, lo que es en Gibara se ha repetido varias veces: apelo al testimonio de mis paisanos.

Por mi parte voy á referir lo que presencié una ocasión, á propósito de ese asunto, y lo hago con tanto más gusto y motivo, cuanto que según entiendo, el cangrejo colorado de la especie á que me refiero, no es conocido de todos nuestros naturalistas.

Era un día del mes de Mayo ó Junio: paseábame por los alrededores

(1) Ciénaga salitrosa, de cuyo lugar me ocuparé á su debido tiempo.

(2) En el capítulo 4º se hace una explicación detallada de lo que se conoce en Gibara con ese nombre, peña digna de estudio, porque determina con toda fijeza el crecimiento lateral de la Isla por aquella parte.

res de Los Colgadizos, cuando observé que, procedente de ellos, por la direccion que llevaban, se dirigia á la playa próxima, un ejército considerable de cangrejos colorados en estado de extrema preñez; llegaron hasta la línea donde las olas muertas lamen la arena, y despues de algun *batallar con el Océano*, soltaron sus huevos todos. Al oscurecer de la tarde no sólo estaba inundada toda la playa, que no es pequeña, por los nuevos séres vivientes, sino que tambien se extendian por todo el ramblazo próximo á la misma, llegando á las primeras casas del poblado. El aspecto que presentaba toda la superficie cubierta por millares de millares de cangrejos de tamaño de una mosca próximamente era sorprendente, más que por su extension, por el efecto que producía hormigueando aquella inmensa alfombra color de escarlata. Vino la noche y con ella desaparecieron los recién nacidos cangrejos, sin que yo pueda asegurar á dónde fueron á parar.

FECHA DE LA FUNDACION DE LAS PRINCIPALES POBLACIONES
DE LA ISLA DE CUBA.

Nº de órden.	Nombre del pueblo.	Año de la fundacion.
1	Baracoa.....	1512
2	Bayamo.....	1511
	{ Guaisabana.....	1512
	{ Donde se halla hoy.....	1514
3	Puerto Príncipe (1).....	1511
4	Trinidad.....	1515
	{ En Pueblo Viejo.....	1515
	{ Donde se halla hoy.....	1515
5	Santiago de Cuba.....	1515
6	Habana.....	1519
	{ En Carenas.....	1555
	{ Donde se halla hoy.....	1545
7	Guanabacoa.....	1618
8	Remedios.....	1689
9	Santa Clara.....	1689
10	Regla.....	1690
11	Consolacion del Sur.....	1693
12	Matánzas.....	1701
13	Jiguaní.....	

(1) Estuvo primero en la boca del Puerto de Nuevitas.

Nº de órden.	Nombre del pueblo.	Año de la fundación.
14	Bejucal.....	1714
15	Holguin.....	1698
	{ En Managuaco.....	1720
	{ Donde se halla hoy.	1757
16	Mayarí.....	1770
17	Jaruco.....	1773
18	Santa María del Rosario.....	1774
19	Pinar del Rio.....	1791
20	Santiago de las Vegas.....	1794
21	Sagua de Tánamo.. ..	1794
22	San Antonio de los Baños.....	1813
23	Güines	1816
24	Sagua la Grande.....	1817
25	Gibara.....	1775
26	Nuevitas.....	1819
27	Cienfuegos.....	1819
28	Manzanillo.....	1823
29	Colon.....	1824
30	Las Tunas (Erigido en Parroquia).....	1842
31	Cárdenas	1843
32	Guantnáamo.....	1843

HERMINIO C. LEYVA.



NOTAS CRITICAS.

EMILE FAGUET. — *Etudes littéraires sur le XIX^e siècle.*— 1 vol. — Paris.—1887.

Diez estudios comprende este volúmen; los tres primeros, sobre Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo, ocupan más de la mitad de la obra; los otros tratan de Musset, de Vigny y de Gautier, entre los poetas; de un historiador, Michelet, y de tres novelistas, Merimée, George Sand y Balzac. En conjunto, puede decirse que es lo mejor en su clase publicado de algun tiempo á esta parte, y su autor se revela como uno de los críticos más distinguidos de la presente generacion.

El estudio sobre Víctor Hugo está muy bien y detenidamente hecho; contiene, sobre todo, unas veinte páginas, intituladas «el ritmo en Hugo», que deben leerse, para comprender exactamente en qué consiste la superioridad de sus versos, comparados con los de todos los demás poetas de Francia. El análisis de esa faz importantísima de las poesías de Victor Hugo, es, en especial, de la mayor utilidad para los extranjeros, á quienes puede fácilmente escapársenos gran parte de lo que constituye el valor esencial de obras de ese género. Por cumplidamente que se conozca un idioma extraño, hay siempre en la

música de la versificación combinaciones de sonidos, matices en el acento de las vocales, pausas forzosas en el choque de ciertas sílabas, armonías fugitivas, que sólo los naturales del país logran percibir inmediatamente, y que á menudo necesitamos que nos señalen, para darnos cuenta exacta de la impresión recibida. En ese terreno ha obtenido Hugo efectos maravillosos, guiado por su instinto del ritmo, que fué en él, según la expresión de M. Faguet, casi absolutamente infalible. Poseyó á la perfección, desde el principio de su carrera, ese talento envidiable; es decir, el arte de expresarse por medio de frases musicales, de asociar íntimamente el sonido á la idea, haciéndose comprender por el oído tanto como por la inteligencia, y aún primero que la inteligencia misma llegue á darse cuenta de lo que escucha. Así es que, según M. Faguet, para estudiar la rítmica francesa, se pueden echar á un lado todos los poetas, y reservarse únicamente dos, La Fontaine y Víctor Hugo, en los cuales se aunan la perfección del estilo y la riqueza del ritmo, para producir los más variados é inimitables efectos.

También analiza, con gran penetración, el talento de Alfredo de Musset, á quien llama el Heine francés, y por quien es sabido que Heine mismo mostró cierto cariño, hasta el punto de preferirlo á todos los otros poetas contemporáneos de Francia. Musset, dotado por la naturaleza de la más exquisita sensibilidad, flaqueó como artista, por falta de imaginación creadora. Con un talento de escritor muy notable, en prosa y en verso; con el más comunicativo y vibrante acento de pasión profunda y sincera, no llegó, sin embargo, á la altura de Víctor Hugo, ni de Lamartine, á causa de esa desproporción entre su sensibilidad y su imaginación, entre su gracia natural y el vigor, puramente artificial, de su pensamiento. Esto lo estudia, con suma sagacidad, M. Faguet, en todo lo que compuso Musset, y al señalar la nota fundamental de su genio, la pasión, explica perfectamente por qué fué tan breve el período verdaderamente fecundo y notable de la vida poética de Musset.

La pasión, dice M. Faguet, es una de las grandes fuentes del arte; pero fuente que muy pronto se agota, y que, por otra parte, requiere, para llegar á la expresión artística, coincidir con ciertas facultades,

ciertos recursos, cierto talento, que ordinariamente no se hallan en una misma época de la vida. Por esa razón hay tantas poesías amorosas escritas por jóvenes, que son ridículas, y tantas otras escritas á los cuarenta años, que son muy frías, aunque agradables. Las primeras pecan por la forma, por la ejecución; las segundas por el fondo, por el sentimiento. Alfredo de Musset fué una excepción de esta regla, porque todo en él concurrió á un mismo tiempo, en una misma fecha. Supo hacer versos buenos desde muy temprano, y experimentó todo el ardor de la pasión cuando poseía plenamente el talento de pintarla. Toda su vida moral parece como dirigida hácia la crisis que representan sus cuatro *Noches*, y que se cierra en el *Souvenir*; todo parecía disponerse y conducirlo hácia ese término.

Fuera de esos arranques de pasión violenta y sublime, ofrece Musset encanto incomparable en otros pasajes de gracia dulce y ligera, de exquisita delicadeza, que brotan á veces llenos de frescura, aún en sus poemas ménos inspirados, como el final admirable de *Lucia*, el cual, dice M. Faguet, en su movimiento alado produce la impresión de la fuga de un ave deslizándose por el aire.

Ese final delicioso es uno de los trozos que quedaron mejor en la traducción que hizo Juan Clemente Zenea de toda la composición:

¡Oh dulce hogar que hospeda á la inocencia!
 ¡Cantos, sueños de paz, glorias doradas!
 ¡Y tú también, pasión conmovedora
 Que en el umbral de Margarita hacías
 Temblar á Fausto! ¿adónde estais ahora,
 Dulce candor de los primeros días?

Duerme por fin en paz! Duerme, ángel mio!
 Paz profunda á tu alma! Adios! Tu mano
 Ya no más en las noches del estío
 .Podrá vagar sobre el marfil del piano!

La traducción es excelente. Quizás pudiera tacharse el verbo *temblar*, que no corresponde al sentimiento que envuelve la alusión

al héroe del poema alemán. Fausto no tiembla al poner el pié por vez primera en el aposento de Margarita, sino que vacila, *titubea*, como dijo Musset; porque entró allí agitado por deseo sensual, y lo detiene una impresión de pureza y castidad, lo embriagan efluvios de amor divino que le hacen sentir «el corazón pesado» y le fuerzan á humillar su orgullo.

Musset era el poeta favorito de Juan Clemente Zenea. Así como puede llamarse al autor de *Lucia* un Heine francés, á pesar de la gran diferencia de valor que entre ambos hay, puede decirse que Zenea es el Musset cubano. Lo traduce, como en el presente caso; lo imita, como en varias otras ocasiones, y á menudo con mucho tino y felicidad. El Sr. Rafael M. Merchan ha señalado todos esos puntos de contacto entre los dos poetas, en un artículo muy notable, publicado en Bogotá y coleccionado en sus *Estudios Críticos*.

Casi siempre las imitaciones de Zenea son más bien reminiscencias. La principal de todas, que es el pedazo del romance *Fidelia* que empieza:

Tomamos ay! por testigos
De esta entrevista suprema

es una aplicación oportunísima de una idea, que no es la misma, que sólo es parecida, y que se encuentra en el *Souvenir*. Zenea la hizo legítimamente suya, dándole un giro diverso, mientras que en Musset no es original, ni en la esencia ni en la aplicación, sino copiada, casi literalmente copiada, de un hermoso pasaje de Diderot; pasaje que, á pesar de estar en prosa, he considerado, desde el primer día que lo leí, como superior bajo todos conceptos, á las cuatro estrofas del *Souvenir*, que son, sin embargo, muy buenas.

Zenea, con mucho tacto, adaptó la idea al cuadro reducido y modesto de su romance, guardando sólo con cuidado el acento melancólico, mientras que Musset, al transcribirla y rimarla, amenguó la fuerza, la claridad enérgica, feroz, que distingue el pasaje de Diderot. Este, para marcar la amarga ironía de su pensamiento, lo pone en boca de un salvaje de la Oceanía, que es quien encuentra contrario á las leyes de la naturaleza que dos seres humanos, «*dos seres de car-*

ne», juren amarse perpétua, inmutablemente, «á la faz de un cielo que no es el mismo durante un solo instante, bajo antros que amenazan derrumbarse, al pié de una roca que se convierte en polvo, á la sombra de un árbol que se seca, sobre una piedra que bambolea.»

Apesar de la innegable identidad de algunas frases de las estrofas de Musset y otras del pasaje citado, no es probable que sean imitación directa; es decir, que Musset las insertase deliberadamente, sabiendo que eran de Diderot. Lo verosímil es que también sean no más que una reminiscencia; Musset había leído pocos años ántes el *Suplemento al viage de Bougainville* y conservaría en la memoria vagamente el recuerdo de esas palabras. M. H. Taine señaló la curiosa coincidencia en el primer volumen de sus *Orígenes de la Francia contemporánea*, y después, más detalladamente, Caro en sus estudios sobre «El fin del siglo XVIII.»

Bougainville fué el primer navegante francés que dió la vuelta al mundo, y en 1771 publicó con gran éxito la relación de su viaje, con cuyo motivo al año siguiente escribió Diderot ese diálogo que llamó *Suplemento al Viaje de Bougainville*, añadiéndole, como entonces se estilaba, un segundo título explicativo en que menciona «los inconvenientes de deducir ideas morales de hechos materiales que no las justifican.» Pero el diálogo no se imprimió sino mucho más tarde, años después de la muerte de Diderot. Se encuentra en el segundo de la edición en 20 volúmenes publicada en París de 1875 á 1877, y es una de las más notables entre las obras cortas de Diderot, una de aquellas que dan mejor idea de su brillante talento de escritor.

Esto para completar la indicación bibliográfica; por lo demás, Musset ciertamente no pretendía seguir las huellas de Diderot en el terreno filosófico. Ni de Diderot ni de ningún otro; en ese campo se aventuró muy poco, puede decirse, no obstante los apóstrofes de *Rolla* y no obstante el *Espoir en Dieu*, que á pesar de que ha sido celebrada por algunos, vale muchísimo menos que las *Noches*.

El único poeta francés del siglo, que desplegó en sus versos dotes respetables de pensador, de filósofo, acaso fué Alfredo de Vigny, especialmente en sus últimas composiciones, la colección póstuma que lleva el título de *Les Destinées*, en las cuales, inspirado por un pesi-

mismo profundo, tan sincero como el de Leopardi, predicó poéticamente la doctrina del sufrimiento silencioso, de la abnegación estoica como único medio de soportar los males incurables de la vida. Fué poeta pensador en toda la fuerza del término; es decir, tuvo ideas filosóficas propias, originales, y trató en sus versos de presentarlas transformadas en ideas poéticas, vistiéndolas de amplio y hermoso ropaje, sobria y austeramente envueltas en sus pliegues, como esculturas.

En el libro de M. Faguet está Alfredo de Vigny insuficientemente estudiado, en pocas páginas, que más bien que un análisis completo parecen apuntes para un juicio. Sin embargo, contiene apreciaciones exactas y de gran valor. Observa con mucha razón que sus primeras poesías, escritas al mismo tiempo que se publicaban las *Meditaciones*, no se parecen en nada á Lamartine, ni debían nada tampoco á los maestros de Lamartine, esto es, á Rousseau, á Benardino de Saint-Pierre ó á Chateaubriand; mientras que las últimas, compuestas en su vejez, alejan toda sospecha de que en él influyesen las obras de Hugo, de Musset ó de Gautier. Lo cual equivale á demostrar que fué un artista original y esencialmente *subjetivo*, como dicen los alemanes.

He aquí uno ó dos párrafos del estudio de M. Fuguet, que pueden dar idea de su manera de juzgar:

«El Conde de Vigny había nacido triste, desencantado antes de haber probado la ilusión, cansado de vivir antes de haber vivido. Es el más sincero, el más profundamente herido y el menos inconsecuente de la familia de los Werther, de los Lara y los René. La desolación de Chateaubriand es nada comparada con la suya. Nadie ha sentido tan plena ni tan constantemente el tormento verdadero del melancólico, adorar el ideal no y creer en él. No podía dejar de amar la gloria, el amor, la felicidad, la religión, y le era igualmente imposible creer en la gloria, en el amor, en la felicidad ó en Dios. La blasfemia era natural en él y le era muy dolorosa. La juzga homicida y la siente en las fuentes mismas de su ser, la lleva consigo como una enfermedad del corazón. Las últimas líneas del poema *El monte de los Olivos* tienen un acento profundamente desgarrador. El *Diario* de su vida está lleno de los alaridos de un sufrimiento absoluto

«Idealista sin creencias, pensador sin fe (profunda por lo ménos) en la dignidad y utilidad del pensamiento, despreciador de la accion, perezoso por sistema y hastiado por temperamente, misántropo que extiende su misantropía hasta la naturaleza entera y hasta á su autor; perpétuo desencantado cuyo único placer fué quebrar en él todo los resortes de la vida: de ahí se explica el reducido número, la brevedad, el aliento corto de sus obras y el gesto de fatiga que parecen conservar.»

Hay un poco de monotonía en todo el libro; el autor á menudo escribe como piensa, sin detenerse á redondear sus frases ni á variar sus períodos. Esto, sin embargo, no aminora su mérito principal, la franqueza con que habla. No repite en forma diferente lo que otros han dicho, sino que expresa lealmente sus opiniones, despues de leer cuidadosamente por sí mismo los autores y las obras de que se ocupa.

E. P.



MISCELANEA.

JOSÉ QUINTIN SUZARTE.

Dolorosamente nos sorprendió en los primeros días de este mes el fallecimiento del respetable José Quintin Suzarte. Tan retirado vivía, después del rudo golpe que sufrió con la muerte de su hijo, el malogrado Florencio, que pocos tuvieron noticias de su enfermedad. El duelo ha sido unánime, pues la noticia de su pérdida ha avivado la memoria de sus merecimientos; su laboriosidad durante una larga vida, no exenta de vicisitudes; su ilustración en muy diversas materias, y empleada siempre en provecho de sus conciudadanos; su probidad, que lo hizo bien quisto hasta de sus adversarios, y que realzó dignamente su vida ejemplar.

Desde muy joven dedicó su pluma á las tareas periodísticas, que no abandonó sino hasta hace muy poco. Dieciocho años tenía cuando fundó *La Siempreviva*, y anciano ya terminaba su carrera con *El Amigo del País*. En ese largo intervalo, su nombre va unido al de los periódicos más importantes de Cuba, ya de índole literaria, ya de carácter político. El famoso *Faro Industrial* lo tuvo entre sus directores; fué fundador de *El Correo de la Tarde* y después de *El Siglo*, factores tan importantes del movimiento reformista, que siguió á la última tentativa anexionista y precedió á la guerra de independencia.

Hombre de ideas templadas, pero sinceramente liberales, abogó

temprano por reformas políticas, que pusieran á su pátria al nivel de los otros pueblos de su misma cultura; y cuidadoso de su porvenir, estudió con ahinco sus problemas económicos, y propagó sin tregua las soluciones que creyó más adecuadas y convenientes. No se le puede negar, sin injusticia, perspicacia y saber; de la pureza de sus intenciones nadie dudó nunca. En cuanto al fruto que recogió de tan continuada y tan noble labor, es inútil indagarlo. Hubo de retirarse de la arena desengañado, no fatigado; pensando quizás, con amargura, que en suelo extraño fué su voz más oída, sus talentos más apreciados, su actividad mejor recompensada. Entre nosotros, de sus servicios á la pátria que fueron muchos y valiosos, nada recogió sino la íntima satisfacción de haberlos prestado.

EL DOCTOR VARONA.

De un extenso artículo necrológico dedicado al Dr. Adolfo Varona, que publica el *Medical Times* de Nueva York en su número de Marzo, traducimos los siguientes párrafos, que contienen el juicio de un perito sobre sus merecimientos profesionales.

«Poseía el Dr. Varona muy diversos talentos. Era artista por naturaleza: dibujaba bien y manejaba el pincel con habilidad (1). Escribió varias piezas en español, algunas de las cuales son todavía populares en Cuba. Su obra *Sewer Gases* es bien conocido. Deja sin concluir un manuscrito importante sobre el tratamiento de las heridas. Como inventor, el Dr. Varona había adquirido nota, pues era inventor de varios ingeniosos instrumentos de cirugía. Sus conocimientos literarios eran superiores á los de la generalidad de los médicos. Hablaba correctamente el francés, el español, el italiano y el inglés, y tenía diversos diplomas y títulos de universidades literarias. Aunque el castellano era su lengua nativa, hablaba el inglés con la misma perfección. Escribía bien, y hablaba aún mejor, pues poseía el raro don de *pensar de pié*. Generalmente dictaba sus escritos.

«Al mismo tiempo que hombre de tantas capacidades artísticas y de extensa cultura literaria, de excelente juicio y exquisito tac-

[1] En su primera juventud fué un ejecutante notable en el piano, y llegó á escribir la música de una de sus zarzuelas.—Nota de la REVISTA.

to, era cirujano por naturaleza. Debemos decir que sobresalió como cirujano; y como tal debemos principalmente lamentarlo. Estaba lleno de recursos en una emergencia. Su mano era tan firme en la mesa operatoria, como su cabeza ligera. No hemos visto jamás otro operador que usase con mayor limpieza la cuchilla; tanto era el cuidado que ponía en no desperdiciar la sangre y en evitar hasta la apariencia de un descuido.

«Con la muerte del Dr. Varona, la cirugía ha perdido una lumbrera, y la escuela de medicina, con que estaba identificado, ha sufrido una pérdida que le será difícil reparar. Abierto y liberal en sus opiniones profesionales, estaba exento del vicio del fanatismo, y no lo embarazaba el espíritu de secta, ni de especialidad. Considerados su experiencia y sus talentos, el Dr. Varona era excesivamente modesto y nada presuntuoso. En el gabinete de consulta era la cortesía personificada; evitó siempre cuanto hay de áspero é inhumano en la profesión médica; fué para el pobre, para el infortunado, amable y caritativo; con todos correcto y caballeroso.»

AUGUSTO NICOLAS.

El 18 de Febrero ha muerto en Francia M. Augusto Nicolás, famoso en el mundo católico entre los más ardientes apologistas modernos. Nacido en Burdeos en 1807, se dedicó al foro; pero el campo de su actividad fué desde temprano la polémica religiosa. Heredero del espíritu de controversia de Chateaubriand, sin sus talentos literarios, y de la fe y ardor de Lamennais, sin su inspiración ni su genio, se lanzó á la quimérica empresa de conciliar los dogmas del cristianismo con las verdades de la ciencia, y produjo numerosas obras, que el espíritu de secta ha esparcido por los países católicos.

En sus célebres *Etudes philosophiques sur le Christianisme* (1842-1845, 4 vol.), pasmaría su desconocimiento de los verdaderos resultados de la exégesis moderna, si no se recordara la máxima que lo guía en todas sus pesquisas: *Pour bien croire, il faut tout croire*. ¿Qué se le puede reprochar al que todo lo cree? Por eso sin duda la Iglesia lo consideró en ocasiones como hijo mimado, y no se escandalizó, ni cuando comparaba la autenticidad de los Evangelios con la de las *Me-*

morias de la marquesa de Crequi (*Etudes*, t. IV, p. 127), ni cuando parangonaba la Virgen María con la ninfa Io. Era cristiano, pero sobre todo era sectario, con tan sincero fanatismo, que ponía las enseñanzas de su iglesia por encima de los mismos dogmas de su religion. Llegó á estampar que «sin la autoridad de la Iglesia, la fe en Jesucristo se convierte en mera preocupacion (*ne devient qu'un préjugé*. *Etudes*, t. III, p. 212).» Y en uno de los frecuentes raptos de su entusiasmo casi patológico, exclamaba: «¡La intolerancia es la ley de las leyes (t. III, p. 286)!»

Bastan estas muestras de su espíritu, para comprender su popularidad en los dias en que floreció el ultramontanismo. Despues había caido en relativa oscuridad, y sus obras, poco á poco olvidadas, han quedado para ornamento en las bibliotecas de los seminarios.

Entre las pocas de éstas, que no son exclusivamente de carácter apologético, pueden citarse su *Etude sur Maine de Biran* (1858), que es un comentario católico del diario íntimo del célebre psicólogo, y su *Etude sur Eugénie de Guérin* (1863), hermana del malogrado Mauricio, y su igual en talento y espíritu, segun ha dicho Sainte-Beuve.

SONDEOS EN EL MAR.

Varios datos interesantes, relativos á la profundidad de la parte occidental del mar de las Antillas, han sido obtenidos recientemente con ocasion del crucero, en aquellos parajes, del vapor norteamericano *Blake*, enviado por el Gobierno de Washington en mision hidrográfica.

Entre otras investigaciones se ha establecido una línea de sondeos desde Santiago de Cuba hasta la punta oriental de Jamaica, y se ha encontrado una profundidad de 3.000 brazas á 25 millas al Sur de Cuba.

Los sondeos sucesivos han demostrado que dicho punto, tan profundo por sí, es la extremidad oriental de un valle de inmensa profundidad, que se extiende desde Cuba y Jamaica, al Oeste, hasta la bahía de Honduras y las islas del Caiman al Sur. Las islas del Caiman y el Banco Misterioso no son sino las cimas de montañas pertenecientes á una vasta extension submarina, extremamente abrupta hácia su vertiente meridional, de la cadena que corre á lo largo de la parte Sud-Este de Cuba.

ACADEMIA FRANCESA.

El siguiente recuento del personal de la Academia de Francia corresponde á una fecha poco anterior á la muerte de M. Caro:

«Los inmortales estaban completos cuando les hice mis visitas. Uno de ellos, M. Greard, no ha hecho aún su recepcion solemne. Treinta y seis nacieron en Francia (de los cuales veinte son parisien-ses), dos son criollos, uno genovés y el cuarenta de Lóndres.

«Veinte viven al otro lado del rio y son, por antigüedad: MM. Nisard, el decano de la Academia de Broglie, Camille Doucet, Marmier, Rousset, de Viel-Castel, el decano por su edad, Mezieres, Caro, Bois-sier, Renan, Taine, Pasteur, Pailleron, de Mazade, Coppée, el Benja-min de la compañía, Duruy, Bertrand, Leconte de Lisle y Greard.

Diez y siete habitan la ribera derecha: MM. Legeune, Emile Augier, Cuvillier-Fleury, Emile Oruvier, Alexandre Dumas, John Lemoine, Jules Simon, Sardou, de Audiffret-Pasquier, Labiche, Ma-xime Ducamp, Rousse, Sully-Prudhomme, de Lesseps, Halevy, Leon Say y Herré.

«Dos están fuera de París: M. Octave Feuillet en Versalles y Mgr. Perraud en su obispado de Autun.

«Uno está desterrado: Mgr. Henri D'Orleans, Duque de Aumale.

«Uno está incapacitado M. de Viel-Castel; M. Cuvillier-Fleury está ciego.

«Cuatro son vecinos de la calle de Tournon: MM. Rousset, Ber-trand, Nisard y Cherbuliez; estos dos últimos viven en la misma casa.

«Otros dos viven frente á frente en la calle de Fresnel: MM. d'Audiffret-Pasquier y Leon Say. Ambos antiguos presidentes del Senado.

«Seis se alojan en edificios públicos: MM. Camille Doucet, en el palacio Mazarino; Renan en el Colegio de Francia; Perraud, en el Palacio Arzobispal; Leconte de Lisle, en el Senado, de que es sub-bi-bliotecario, y Pasteur, que acaba de suceder al célebre Vulpian como Secretario perpétuo de la Academia de Ciencias.

«Agregaremos aún que los cuarenta suman más de dos mil seis-cientos años de edad, que da un término medio de sesenta y cinco

años. Entre el mayor de todos, el Baron de Viel-Castel, nacido en el otro siglo,—1800—y el *natuminimus* Francois Coppée, hay una diferencia de más de cuarenta años.»

NECROLOGÍA.

El 26 de Febrero falleció en Hampstead Mr. James Cotter Morison, uno de los más brillantes literatos ingleses coetáneos, á los cincuenta y siete años de su edad. Después de excelentes estudios y de una larga residencia en Francia, se dedicó exclusivamente á las letras, siendo asídúo colaborador de las revistas y periódicos literarios de Inglaterra. Fué miembro de la *Positivist Society* y gran propagador de la doctrina positivista.

Publicó en 1863 la que se ha considerado siempre como su principal obra *Life and Times of St. Bernard*. Contribuyó con dos volúmenes á la celebrada coleccion de *Hombres de letras ingleses* de Mr. John Morley, uno sobre Gibbon y otro sobre Macauley. En 1885 dió á luz un folleto de exquisito gusto, *Madame de Maintenon*; y al siguiente año un libro de polémica contra el cristianismo, intitulado *Service of Man*. Se proponía escribir una gran obra sobre la historia francesa, para la que estaba admirablemente preparado, pero el mal estado de su salud le impidió llevarla á cabo. Se le reputaba como uno de los hombre de más amena conversacion en el Reino Unido.

—El 30 de Noviembre del año anterior murió el profesor T. S. Humpidge, químico muy distinguido, á pesar de su juventud. De mero dependiente de un mercader de trigos se elevó por su propio esfuerzo á una cátedra en uno de los principales institutos de Inglaterra, el University College del pais de Gales, y se distinguió por investigaciones personales, que dejarán su nombre en la historia de la química. Se le deben la determinacion del peso atómico del beryllium, y minuciosas pesquisas sobre el calor específico de varios metales. Tradujo al inglés la *Química inorgánica* de Kobbe, y es autor de un estudio: *The Coal-Gas of the Metropolis*. Ha muerto de treinta y cuatro años.

—De la misma edad ha muerto hace poco en Honolulu el viajero Carl Passavant, que se habia dedicado á las exploraciones en Africa.

—El físico francés M. F. J. Raynad, director de la Escuela Superior de Telegrafía, y muy perito en todo lo concerniente á la electri-

ciudad, ha muerto en Enero á manos de un asesino. Tradujo al francés el *Tratado de Física* de Gordon.

—Uno de los grandes geólogos americanos, el Dr. Ferdinand Vandever Hayden, murió en Filadelfia el 22 de Diciembre. Por más de veinte años estuvo empleado en exploraciones por los territorios occidentales de la Union. Además de sus informes oficiales deja dos obras importantes: *The Great West; its Attractions and Resources* (1880); y *North América* (1883).

—Ha muerto recientemente el profesor Arthur Christiani, del Instituto Fisiológico de Berlin, considerado como gran autoridad en la accion fisiológica de la electricidad, en la fisiología del sistema nervioso, y sobre todo del sentido del oido.

—La universidad de Viena ha sufrido la pérdida (en Noviembre) del Dr. Max Schuster, petrologista eminente.

—Un sabio á quien debe Nueva Zelandia importantes trabajos, Sir Julius von Haast, ha fallecido en los últimos meses del año anterior. Habia nacido en Bonn (Alemania), pero dedicó buena parte de su vida al estudio de esa colonia inglesa. Distinguido como geógrafo y geólogo, se debe á su pluma, á más de otros trabajos dedicados á las sociedades científicas de Inglaterra, una obra intitulada *Geology of the Provinces of Canterbury and Westland*. Fué fundador del Museo de Canterbury, el primero de su clase en el hemisferio sur, y del Instituto Filosófico de Canterbury.

—En Stuttgart ha ocurrido el fallecimiento de Herr August Kappler, conocido por sus trabajos sobre la Guayana Holandesa.

NOTICIAS CIENTIFICAS.

La Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia ha elegido á M. Charles Waddington, profesor de filosofía en la Sorbona, en reemplazo de M. Caro. El candidato vencido fué M. de Pressensé.

—Recientes excavaciones practicadas en Saida (Siria) han dado por resultado el hallazgo del sarcófago que contiene, segun se dice, el cuerpo de Alejandro Magno.

—Las famosas instituciones londonenses King's y University College han solicitado unirse para formar una universidad normal: *Teaching University for London*.